

Nº 120

MEMORIA BIOGRÁFICA

del Señor

D. JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.

Así como la vida de un buen ciudadano, en tanto que alienta, pertenece á su patria, no menos le corresponde la memoria de sus hechos, especialmente cuando desapareciendo de entre los hombres, vive ya solo en la posteridad de brillantes acciones que ha dejado detras de sí, y que forman la gloria de su nombre. Porque si por una parte es justo el tributo de gratitud y aplauso que se rinde al mérito y la virtud, todavía es privilegio de aquellas almas sublimes que el recuerdo de su existencia sea como una semilla celestial, que haga brotar en los ánimos generosos que los consideran, el noble deseo, la emulacion provechosa de asemejarse á lo que respetan y admiran. Deber es, pues, de los que afligidos y pensativos contemplan el ocaso de uno de estos astros benéficos, conservar el rastro de luz que dejan en el horizonte de la vida, despues de hundirse en la noche del sepulcro; y deber tanto mas sagrado, cuanto en los desastrosos tiempos que alcanzamos, se halla menor número de estos hombres, que sirvan de desagravio á la humanidad y á su siglo.

Y como quiera que no ya mi cariño, sino la voz pública concede al que hoy lloramos los dictados de sabio y virtuoso, razon será que la nacion sepa qué títulos tenia para ellos; y aun por lo mismo casi todos los periódicos, al anunciar la

TOMO II.

U/Bc LEG 2-1 nº120



1>0 0 0 0 2 6 4 6 2 7

triste nueva de su fallecimiento, prometieron dar una noticia de su vida, así que reuniesen materiales para formarla.

Por cierto muchos de sus amigos se han disputado el honor de rendirle este postrer homenaje (1), y es justo que yo les tribute aquí, en nombre de toda la familia, el mas vivo reconocimiento. Ignoraban, sin embargo, que él mismo habia cuidado de ahorrarles este trabajo, escribiendo las memorias de su vida, y dibujándose en ellas con admirable verdad y sencillez: libro verdaderamente de oro, que sin duda verá algun dia la luz pública, y no será de pequeño interés, así para la historia como para la literatura nacional. Mas, como probablemente haya de pasarse mucho tiempo antes de su publicacion, siempre era menester que cuando está reciente la memoria de tamaña pérdida, se bosquejase una sombra del retrato que mas adelante ha de aparecer. Y á la verdad, á nadie podia yo ceder este honor: la intimidad de nuestras relaciones, como que Padre le llamaba, y' como hijo le amaba y respetaba; la facilidad de tener á la vista aquellos antecedentes, todo exigia de mí que yo fuese quien trazase las líneas que habian de representarle. Por otra parte la falta de tino con que yo lo verifique, se compensará un dia con la publicacion del original; y si hay gloria, si hay consuelo en hacer que sea conocido y respetado, á nadie mas que á mí corresponde, porque nadie ha perdido mas que yo.

Pero si á emprender la obra me estimulaban mi propio deseo y las frecuentes escitaciones de todos, retraíame el dolor: estremecíame al haber de sondar toda su profundidad, por mas que esta sola idea absorviese de continuo todas las fuerzas de mi alma.—Tres meses van á cumplirse ya, y aun no he llenado aquel triste deber: lo haré, pues, ahora, escribiendo no un artículo, en que solo se marquen las épocas de los su-

(1) Han manifestado vivos deseos de hacerlo los señores Don Joaquin Francisco Pacheco, Don José del Castillo y Ayensa, Don Ramon Mesonero Romanos, Don Manuel Breton de los Herreros, Don Salvador Bermudez de Castro, Don José Morales Santistevan; y mas que ninguno, alegando en apoyo de su pretension los vínculos de mas antigua amistad y parentesco, Don Mariano Roca de Togores, al cual por lo mismo me creo obligado à decir que hubiese debido ceder el puesto, si yo hubiera podido dejar de mantenerle.

cesos de su vida, sino ofreciendo al público una memoria biográfica, que aunque no muy extensa, presente en su verdadera luz su carácter, la índole de sus talentos, su vida pública, su vida privada: tal que deje entrever en lo que diga lo mucho que me veo obligado á suprimir, y que su familia encuentre en sus páginas la imágen del padre, del hermano á quien lloran, y sus amigos con dulce y melancólico recuerdo al mismo á quien trataron, y que con ellos cambiaba los placeres y consuelos de la amistad.

Con un escollo habré seguramente de tropezar. Unida mi suerte á la suya, especialmente en ciertas épocas, tal vez corra mi pluma, y traslade al papel lo que rebosa del corazón. Mas ¿cómo escribir con frialdad, cuando se trata de los mas dulces intereses de la vida? Fuera de que aun cuando me fuese dado ahogar dentro de mí aquellos sentimientos, nada conseguiria á fuerza del disimulo, sino privar del aire de sinceridad que debe llevar, á mi narracion. Irá, pues, esta incul-ta y desaliñada; pero tal como brote del corazón: si al lector ofenden las lágrimas, que abandone desde ahora estas páginas, porque yo sin ellas no acertaré seguramente á escribirlas.

Nació Don José Musso y Valiente en la ciudad de Lorca á 25 de diciembre de 1785. Fueron sus padres los señores Don José María Musso y Alburquerque y Doña Joaquina Perez Valiente y Brost, hija de los señores condes de Casa-Valiente. Aquellos esposos, despues de esperar nueve años sucesion en su matrimonio, implorándola del cielo como una sancion del cariño que se tenían, y porque deseaban quien perpetuase el lustre de su familia, y heredase los cuantiosos bienes, con que los habia favorecido la suerte, lograron ver mas que colmados sus votos, hallándose padres de tal hijo. Nueva prenda de su union fué Don Pedro Alcántara, hoy mariscal de campo de los ejércitos nacionales, cuyo nacimiento refiero aquí, porque unido desde la cuna á su ilustre hermano con los vínculos del mas tierno cariño, parece que no es posible dar idea mas exacta de la intimidad y ternura que entre los dos reinaba, que decir que se amaron desde que nacieron, hasta el punto que los dividió la muerte.

Su madre, señora de relevantes prendas, quiso dirigir por sí sola la primera educacion del deseado niño, preparando acertadamente su entendimiento y su corazon infantil para mas estensa instruccion. A nadie quisieron fiar los autores de sus dias el encargo de dársela, sino á los PP. Escolapios, que ya entonces obtenian la merecida reputacion que hoy gozan, y que sobrenada entre tantos trastornos, de singular acierto para la enseñanza de la juventud. Entró, pues, el niño en clase de alumno interno en el Seminario de Escuelas Pias de San Fernando de Avapies en 1796, y en él se perfeccionó en las primeras letras, y aprendió latinidad y humanidades en el corto espacio de dos años; y aun como hubiese en aquella época exámenes públicos en el establecimiento, los sufrió de dichos ramos, distinguiéndose en ellos notablemente por su aprovechamiento y despejo. Salió del colegio en el otoño de 1798, y recelosos sus padres de que el abandonarle en tan tierna edad á los peligros de la corte, pudiese alterar la pureza de su alma, que mas que su instruccion les interesaba, le tenian bajo la direccion de un ayo prudente é instruido, el P. Chevalier, clérigo de la emigracion francesa, el cual le enseñaba diferentes ramos, acompañándole á los estudios públicos de filosofía de San Isidro y á los de matemáticas, que hizo en la Academia de San Fernando, bajo la direccion del sábio profesor D. Antonio de Varas. En todos ellos sobresalía, como que ya desde el colegio dió á entender claramente que á ninguno se dedicaría en que no obtuviese la palma del triunfo sobre todos sus émulos y competidores. Pero sobre todo hizo con notable aprovechamiento el de las matemáticas, cuyas profundas abstracciones y complicados cálculos comprendia y seguia entre los juegos y travesuras de su niñez, por cierto muy bulliciosa, hasta el punto de escitar frecuentemente la admiracion de sus catedráticos aquella singularidad. De sus adelantos dió muestras bien claras en los rigurosos exámenes que sufrió en público, y en ellos disertó sobre la hidrodinámica.

Concluidos sus estudios, se trasladó con su familia á Lorca; dedicóse allí al cuidado de su casa, y á ayudar á su padre en el manejo de su caudal; pero no abandonando nunca aquellos,

entre los cuales emprendió por este tiempo el de la música. Poco ó nada dirémos de esta época de su vida, porque es la que menos interés ofrece para el público. Reducido al círculo de su familia y de sus libros, fácilmente se adivinan sus ocupaciones, y los sucesos que entonces le sobrevendrían. Pero no es de omitir uno de eterna memoria en el pueblo que le vió nacer, y en que la Providencia con paternal esmero preservó sus dias, que destinaba á tan gloriosas empresas. Hablamos de la inundacion del famoso pantano de Puentes, que reventando, arrastró consigo sillares, escombros, barrones y hasta peñascos, y descargando su furia contra el pueblo, distante de allí tres leguas, arruinó calles enteras, y sepultó entre sus ondas á centenares de personas. Dia 30 de abril de 1802, habiendo ido con su padre á visitar aquel inmenso depósito de aguas, tres horas antes de tanto estrago, y en el mismo punto por donde rompieron, estuvo el curioso y desprevenido jóven, se internó por las bóvedas, pasó muy despacio por delante de las compuertas y grifones. ¡Admirable disposicion del cielo, que de tal suerte velaba por su seguridad!

Entre tanto comenzaban en España sucesos importantísimos, y se preparaban no menöres trastornos. "Con indignacion, dice él en sus apuntes, supimos en Lorca la causa del Escorial, con inquietud la entrada de las tropas francesas, con entusiasmo los movimientos de Aranjuez, con sorpresa el cautiverio de la familia Real, con dolor el dos de Mayo, con recelo el levantamiento de Cartagena. Siguióle Lorca, y en los primeros momentos de efervescencia popular, estuvieron en riesgo las vidas de varios comerciantes franceses, que allí estaban avecindados. Interpúsose mi padre, y con su influencia, ayudada de la de otras personas respetables, les salvó la vida." Me ha parecido copiar literalmente este párrafo, ya porque dá una idea del efecto que produjeron aquellos memorables sucesos en los ánimos de todos, como porque la bella accion que le concluye, merece sobradamente un recuerdo, sobre todo en época en que la injusticia de la agresion ahogaba todos los sentimientos de humanidad, y provocaba á los nuestros á su vez á la ferocidad y á la injusticia. Ya desde este momento presenta la vida de Musso un cuadro mas animado. Participan-

do del peligro y del entusiasmo jeneral, se presentó en las filas de la milicia cívica entonces establecida, y sirvió en ellas en clase de capitán.

En el año de 1810, invadidas las Andalucías en enero, los restos del ejército del centro se retiraron á Guadix, y el general Aréizaga entregó el mando al general Blake, quien llamado despues á Cádiz, dejó en su lugar á Freire: este, amenazado por Sebastiani, se retiró á Orihuela. Desde entonces pesaron sobre Lorca todas las calamidades de la guerra. En la semana santa de aquel año avanzó un cuerpo de tropas francesas desde Granada, y recibíendose aviso de que venía otro sobre Lorca por Velez y Lumbreras, emigraron precipitadamente todas las familias que tuvieron medios de hacerlo. Con la suya lo verificó Musso para Murcia, de donde tambien hubieron de salir por aproximarse el enemigo. Entró este en efecto en Lorca y la casa de aquel sufrió un completo saqueo; primer sacrificio, anuncio de los muchos que habia de ofrecer en las aras de la patria.

Corria ya entre tanto el verano de aquel año, y resolviendo no diferir por mas tiempo el compromiso, que en dias mas tranquilos habia formado, se enlazó en 21 de julio con la señora doña Concepcion Fontes y Reguera, hija de los señores don Joaquin Fontes y doña María de los Dolores Fernandez de la Reguera; perteneciente á una de las familias mas distinguidas de Murcia, en cuyo elogio, y hablando de este acontecimiento, que miró siempre como el mas próspero de su vida, será bien que oigamos á él mismo. «Teníame ya, dice, por feliz con la posesion de la que amaba, y hablando humanamente, debia tenerme. Su hermosura habia halagado mis ojos, su dulzura y amabilidad cautivaron mi corazon. Mujer casera y trabajadora, recogida y callada, económica en los gastos, caritativa con los pobres, honesta en sus costumbres, religiosa en los sentimientos, prudente con los demas, discreta para llevarme el genio sin adularme ni contradecirme, me dió mas de una vez, Señor, ocasion para conocer la verdad de tus palabras, esto es, que si la casa y las riquezas las dan los padres, tú solo das la mujer prudente.— Su compañía ha hecho las delicias de mi vida.»

En el verano siguiente nueva invasion en Lorca; nueva

emigracion, que esta vez fue hácia el reino de Valencia.—Al regresar á su pais, hallaron declarada la fiebre amarilla en la plaza de Cartagena: hubieron; pues, de retirarse á San Javier; ¿mas cuál seria su aficion al estudio, que cercado de tantos peligros, acosado de las pérdidas y quebrantos considerables que sufría la fortuna de su familia, cuando parece que solo pudiera reposar algun tanto de sus penas, al lado de su esposa en el primer año de su venturosa union, todavía hallaba el secreto de hurtarle algunas horas, para dedicarlas á los libros?

A ellos y á reparar el estrago que habian padecido sus intereses pensaba volver desde Murcia, á donde últimamente se habia trasladado; mas la Providencia lo dispuso de otra suerte. Llamóle de una manera imprevista á la vida pública, y aquí se abre una nueva y gloriosa era de servicios hechos á su Patria. Habiendo creído la primitiva Junta provincial de Murcia que debia seguir la suerte del ejército, cuando invadieron los franceses la provincia, se refugió con el cuartel general en Alicante. Quedándose aquella sin gobierno, se instaló nueva Junta. De aquí, como era natural, resultó conflicto entre ambas: desórden y confusion en los pueblos. Para cortarlos envió la Regencia al general Blake, quien con el objeto de apagar para siempre aquellos disturbios, disuelve ambas Juntas, y manda que los electores de los diputados á Córtes se reúnan otra vez, y designen vocales para otra nueva. Conviene aquellos en elegir uno por cada partido, y por el de Lorca es nombrado Musso, cuando apenas contaba 25 años, espresando los electores que á haber tenido edad suficiente, le enviáran á las Córtes. Sorprendióle la eleccion, y la resistió al principio por modestia; pero cedió en vista del peligro que amenazaba á la pátria. Compañeros suyos ó en la misma Junta, ó en los afanes que esta, le causaba, fueron entre otros, á quienes nombra, el Illmo. Señor Obispo, Don Antonio Rubio García, Don José Barnuevo, Don Francisco Vereá y Cornejo, Don Damian de la Santa, Don Pedro Andrés, su íntimo y especial amigo, Don Valeriano Perier, secretario de la corporacion, Don Pedro María Olive, redactor del periódico que esta fundó. De ellos se hace aquí especial mencion, ya por la parte que tomaron en la gloria y peligros del que es asunto

de este escrito, en aquella época de eterna memoria, ya porque fueron los mejores testigos de sus afanes, de sus tareas, del valor con que defendió la causa pública, de la admirable prevision con que leia en las acciones de algunos las lágrimas, que un día habian de costar á la nacion. Con todos ellos conservó estrecha amistad hasta su respectivo fallecimiento, y los que le sobreviven, no negarán ciertamente un recuerdo de dolor y de lágrimas al hombre ilustre, que en su seno hizo su aprendizaje en la vida pública. Cual fuese su conducta en la Junta, mejor que nadie lo ha declarado él propio por las siguientes palabras. «En ella, por lo que á mí tocaba, me habia propuesto hacer siempre lo mejor, obrar en justicia, preferir el bien general al particular. Pero sería delirio y orgullo que me preciase de haberlo ejecutado así siempre, por mas que no recuerde algo de que me remuerda la conciencia.» Adviértase la religiosidad de quien esto escribia, y que lo escribia para que se leyese despues de su vida, y entre la confesion de los secretos mas íntimos de su alma, y podrá formarse una idea exacta del valor de tales expresiones.

No es de nuestro propósito tejer la historia de las operaciones de la Junta, por mas que de ellas quepa no pequeña parte de gloria á nuestro héroe: él ha cuidado de hacerlo, sino con grande estension, al menos con aquella pluma elegante y fácil, que tan bien corria por el llano, cuanto difícil, campo de la narracion, como subia llevada por la mano severa del filósofo á trazar el origen y las causas de los acontecimientos, el enlace que entre sí tenian, y las consecuencias que debieron producir. Mas para que se forme idea de los trabajos que tuvieron que arrostrar, oigamos de él en breves palabras cual era la situacion en que se hallaban aquellos beneméritos ciudadanos: tal vez nos sirvan de consuelo y esperanza, cuando lamentando hoy iguales ó parecidas calamidades, veamos á los que las padecieron, tornar á disfrutar independenciam, paz y seguridad. «En corta estension de terreno habian de resistir pocas, no del todo arregladas, casi desnudas y peor mantenidas tropas los ataques de ejércitos numerosos y aguerridos, mandados por los mejores capitanes que en Europa se conocian. Era menester para ello que el país diese gente, armas, ba-

gajes, víveres, todo, sin contar mas que con sus escasos recursos: era menester que una y otra vez se comenzase de nuevo, y que al desaliento de una y otra derrota se acudiese con providencias no menos enérgicas que prontas; y que sofocando á veces las quejas, se encendiese en los pechos el ardor bélico, cuando por repetidos descalabros estaba á punto de extinguirse. No bastaban para tanto fuerzas humanas..... Hízose cuanto pudo sugerir el patriotismo, y aun la necesidad.»

Entre tanto habiéndose agitado en las Córtes la cuestion sobre el gobierno interior de las provincias, acordándose dar nueva forma á las Juntas, y establecer comisiones subalternas en los partidos y pueblos, la suprema de Murcia, nombrada por el reglamento anterior, creyó que debia renovarse en la tercera parte de sus individuos, y entre aquellos á quienes cupo por suerte salir, fué uno Musso; pero volvieron á elevarle á esta magistratura los votos de sus conciudadanos, volvió á resistirse á aquel honor, y volvió finalmente á bajar la cabeza, y á ceder, cuando en nombre de la pátria se le exigió este sacrificio.

Continuaba, pues, en ella sus trabajos, estendiendo especialmente por encargo de la Junta, todos los escritos de importancia que esta producía, y haciendo parte de las comisiones mas difíciles y arriesgadas, cuando asaltó la provincia otro enemigo no menos cruel y sañudo: la fiebre amarilla. Declarada en Murcia, hubo de salir la Junta, cuando ya no era posible disimular el mal, ni atajarle: trasladóse á Jumilla, mas como entre tanto se hubiese quedado la de Sanidad en la capital, no pudiendo ejercer sus funciones, por estar ya esta incomunicada, tuvo que reasumirlas la provincial. Por aquel tiempo tomó el mando del ejército que allí operaba, Don Nicolas Mahy. Introdújose el contagio en Jumilla, y en casa del presidente de la Junta, el cual se vió precisado á trasladarse á una casa de campo en la jurisdiccion de Chinchilla, nombrando aquella para sustituirle á Musso, sin que obstase su corta edad para que en aquellos momentos, en que habian llegado á su colmo los peligros y la consternacion, se volviesen á él los ojos y las esperanzas de todos, y le pusiesen á su frente los ilustres ciudadanos, encargados de dirigir los destinos

de la provincia. Ni sitio á donde dirigirse hallaban estos: parecióles el mejor el monasterio de nuestra Señora de las Virtudes, término de Villena; encaminóse á él la Junta en primeros de octubre; pero resistieron los de Villena la aproximacion; faltaban víveres, ni habia de donde buscarlos: á todo ocurrió la firmeza del jóyen presidente, que al mismo tiempo tomó todas las precauciones convenientes, para evitar que los infelices pueblos tuviesen que sufrir por la vecindad de la Corporacion, que al fin se estableció en dicho monasterio.

Sobrevinieron á poco graves disgustos en Lorca entre su Junta de partido y los gefes militares: uno de los mas ilustres individuos de aquella, el virtuoso é instruido párroco Don Rafael Zarauz, íntimo amigo y confesor de Musso, pereció bárbaramente asesinado por una partida de franceses en su hacienda de Cabeza de la Jara. A esta desgracia acudió él con lágrimas de dolor y de amistad: á las primeras, interponiendo toda su autoridad y celo con la Junta en favor de sus paisanos, teniendo al fin la gloria de hacer triunfar la justicia de sus reclamaciones.

Adelantada la estacion, y disipado el contagio, despues de dirigir al cielo en el mismo monasterio súplicas por las víctimas que aquel habia hecho, y rendidas gracias por los que habia perdonado su furor, restituyóse la Junta á la capital, á donde continuó en sus patrióticas tareas con incesante afan, mientras el vecino reino de Valencia sufría todos los horrores de la guerra. Perdida la batalla que se dió á las inmediaciones de Sagunto, rendida á poco aquella fortaleza, como al acabar el año sufriésemos nuevo descalabro junto á los muros de la capital, encerróse Blake en ella, y Suchet formalizó el sitio. Destacaba este en todas direcciones columnas, que hostilizasen el pais, y hallándose la Junta en grave riesgo de caer en sus manos, determinó retroceder á Yecla, y lo consiguió, no sin gran dificultad, á fines de diciembre.

A principios de enero siguiente entró tambien en ella el general Freire con una division del tercer ejército, que á marchas forzadas caminaba para Valencia, acosada por las fuerzas que mandaba el mariscal Marmont. Nuevos apuros para la Junta, que en pais agotado ya, habia de aprontar víve-

res, bagajes y dinero para otro nuevo cuerpo de tropas, y esto en los momentos en que se hallaban los franceses casi á las puertas de la villa. Vencieron con esfuerzo sobrehumano tantas dificultades, saliendo Musso con su acongojada familia, despues de haber socorrido aquella urgente necesidad, y dirigiéndose á la sierra de Cárche, donde pensaron pasar la noche. Allí recibieron aviso de Yecla de que tres cuartos de hora despues de su salida, habian entrado los enemigos, y destacado una guerrilla en persecucion de los emigrados, manifestándose especialmente ansiosos de aprehender á Musso y á D. Juan Molina, vocal de Cieza, ó por haber visto su firma en algunas circulares, ó porque los juzgaban más temibles, y con mas aptitud para perjudicarles; asi es que tuvo qué padecer mucho el dueño de la casa que en Yecla habia vivido el que es asunto de nuestra atencion. Salvóles de tanto riesgo la sagacidad y patriotismo de un aldeano; pues como los franceses averiguasen que habian salido para el Pinoso, y pidiesen un guia, que los llevase á alcanzarlos, él los condujo á otro pueblo del Pinoso en el reino de Valencia, con lo que los alejó de los fugitivos. Esta suerte cupo en verdad en adelante á los dignos miembros de la Junta, cuya vida errante y azarosa sería largo describir: baste indicar, para que forme de ella alguna idea el lector, que no pocas veces celebraron sus sesiones de pie y á campo raso, y que algunas fueron tenidos por salteadores, y hostilizados de los dueños de los cortijos y alquerías á donde se dirigian á pedir algun socorro; «mas no por eso, dice el ilustre individuo que hoy lloramos, imaginó entregarse á los ejércitos de Napoleon, aun en el último extremo: antes bien, faltándole ya tierra á donde refugiarse, consultó al supremo Gobierno, manifestando su resolucion de no desamparar jamas la causa de la patria, y la Regencia alabando su patriotismo, le dijo: *que siguiese en tal extremo la suerte del ejército español mas cercano.* No llegó en verdad nunca este caso, porque siempre le inspiró su celo el medio de no desamparar el pais; mas por entonces rendida Valencia, dominada Granada, invadida frecuentemente la Mancha, como los militares juzgasen imposible, y aun perjudicial, la defensa de Murcia, se demolieron sus fortificaciones,

;

Fué, pues, entrada por el enemigo, y en su calle de San Nicolás perdió gloriosamente la vida, peleando solo contra catorce ginetes, el valiente general Don Martin de la Carrera, por haber faltado otros á la combinacion, bajo la cual entró en la ciudad, y trabó el combate. Evacuada esta por el enemigo, regresó la Junta, y rendido, no el ánimo, mas sí el cuerpo con tantas fatigas, adoleció Musso con calenturas estacionales, que al fin participaron del carácter de la fiebre amarilla, de la cual se presentaron algunos casos.

Cobrando fuerzas despues de larga convalecencia, volvió á seguir las tareas de la Junta. Promovió entonces el proyecto de la creacion de una academia de medicina, que ha seguido hasta hace pocos años, y cuyos individuos han trabajado con lustre y celo en los trabajos de su profesion.

Disminuidos ya los peligros de la guerra, cuya suerte nos era al fin menos adversa, despues de mucho tiempo de sufrimientos; disuelta casi la antigua Junta por fallecimiento ó renovacion de sus miembros, solicitó nuestro vocal volver al reposo de su casa; mas en vano; ni el Cuerpo quiso oír sus reclamaciones, ni las Córtes, á quienes las elevó, consintieron que el eminente patriota abandonase el timon de la nave, mientras la combatian las olas, que aun duraban agitadas despues de las borrascas anteriores: así es que únicamente pudo obtener, á duras penas, permiso para pasar temporalmente á su casa á restablecer su salud.

Mas, como para él fuese el estudio la principal medicina, aprovechó este tiempo en dedicarse á leer y meditar las santas escrituras, emprendiendo el estudio profundo de la religion, uno acaso de los en que mas sobresalió. Por entonces escribió tambien un tratadito que intituló: «Reflexiones sobre la naturaleza y último fin del hombre». Tales eran las meditaciones que ocupaban su ánimo en la edad de la disipacion, en que tan poco suelen cuidarse de ellas la mayor parte de los hombres.

Entreteníase con la música, y alternaba aquellos graves estudios con el del teatro francés. Por entonces se dedicó tambien seriamente al de nuestra lengua, como necesario para todos. Hizole, pues, sobre los clásicos, para lo cual decia que le

servió maravillosamente el teatro de la elocuencia española de Capmany. Léale, pues, y copiaba frases, periodos y párrafos de Mariana, de los Luises y de Cervantes. Nombráronle tambien por entonces concejal en Lorca, de cuyo cargo se exceptuó como vocal de la junta. Vuelto á Murcia y á ella, volvió á las antiguas tareas, ocupando señalado lugar entre las mas graves, que entonces tuvo, la de sostener la autoridad de aquella contra la violencia del general Elío, que á la sazón mandaba el ejército; y con el vocal de Hellin D. Juan Manuel Ontiveros, la de entender en la extincion del tribunal de la inquisicion y ocupacion de sus bienes, cuyo delicado encargo desempeñaron con tal acierto y tino y atencion, que ni tuvieron de que resentirse los liberales, y sí mucho que agradecer los desposeídos. Procedióse á poco á nueva eleccion de diputados á Cortes, y á la de individuos para la primera diputacion provincial. Instáronle para que consintiese en admitir aquel honroso encargo: lo rehusé, dice él, porque creía que necesitaba de estudio preparatorio para desempeñarle bien; mas á pesar de su resistencia, obtuvo cantidad considerable de votos, que probaron el merecido concepto que gozaba en su provincia.

Señalado día para la reunion de la diputacion provincial recién electa, la instaló como presidente de la antigua junta en calidad de decano, y volvió por fin á entrar en la suspirada condicion de particular.

Notará tal vez el observador que, á pesar de nuestro propósito, nos hemos detenido algun tanto mas en la narracion de esta época; mas advierta que los sucesos que en ella ocurrieron, tienen el privilegio, harto singular en el día, de reunir todas las simpatías, todas las opiniones. En los que despues acontecieron, ni sería prudente, ni justo marcarlos tan detenidamente, pues estando aun, como hoy suele decirse, *palpitantes*, recordarlos con individualidad pudiera escitar sensaciones desagradables. Por otra parte, siendo esta una de las páginas mas brillantes de la vida pública de nuestro padre, hemos querido presentarla en su verdadera luz. De lo que en ella observe, aprenda el lector á conocerle en las demas.

Mas no porque dejase por entonces los cargos públicos, permaneció ocioso ni indiferente á cuanto podia contribuir al

bien de su patria. Ocupábanle ya el Gobierno, ya las autoridades provinciales y municipales en diferentes encargos, que desempeñó siempre con la mas constante solicitud. Con ellos repartia el cuidado de la reparacion de su tan quebrantada fortuna, sin que dejase de tributar el acostumbrado culto á las letras. Dedicóse entonces á aprender el griego, en que llegó á merecer la reputacion de uno de los mas entendidos en España; y como en su ánimo se despertase la noble ambicion de entrar dignamente en la carrera parlamentaria, y le aguijasen sus paisanos, lisonjeándole con la idea de confiarle la representacion de su provincia para las próximas Córtes, entregóse con ardor á estudios de legislacion, administracion y gobierno.

Multiplicábanse entre tanto las victorias contra Bonaparte; quedaba Madrid para siempre libre de franceses, y la victoria protegía nuestras armas en el norte de la Península.

De tantos peligros, cubierto de gloria, y con la graduacion de coronel obtenida á los 26 años sobre el campo de batalla, volvió su hermano D. Pedro á la casa paterna, y pudieron gozar todos un momento de tranquilidad; bien que algun tanto amenazó turbarse con el nombramiento de alcalde que pensaron hacer sus paisanos en nuestro amigo. Desvaneciése por entonces el nublado; pero creáronle comisionado del crédito público en aquel partido, cuyo encargo ejerció bastantes años con el celo que cuantos se le cometian.

Entre tanto, concluidas las hostilidades con Francia, y puesto en libertad el Rey, entró en España, hízose cargo del gobierno, destruyó el régimen establecido, y publicó el célebre decreto de 4 de octubre. Nadie ignora las venganzas y resentimientos que, como á todas, acompañaron á aquella reaccion. Temió ser envuelto en ella Musso; pero la Providencia le reservó por entonces, é hizo que aun los nuevos gobernantes hiciesen justicia á su mérito, á su patriotismo y á su virtud. De tan feliz circunstancia se sirvió él para favorecer á los desgraciados: porque, habiéndose verificado en Lorca multitud de prisiones en las primeras personas del pueblo, con motivo de una causa escandalosa que se les formó, mas por resentimientos y venganzas personales, que porque en realidad obrase

ninguno, ni aun pensasen todos contra aquel gobierno, Musso se presentó al autor de tantos desmanes (cuyo nombre, como el de todos los que hubieren de aparecer ménos favorablemente, callaremos, porque no es nuestro ánimo escitar resentimientos), representóle con energia la injusticia de su conducta; elevó tambien sus quejas al gobierno; hizo en fin cuanto cumplia en favor de la justicia y de la desgracia á un cristiano, á un buen ciudadano y á un caballero.

Dedicado enteramente á sus negocios, y sin participacion ninguna en los del público, continuaba con constancia su plan de estudios, dedicándose entonces principalmente á los de legislacion é historia universal. Mas tan agradable ocupacion vino á emponzoñar el suceso mas funesto que hasta entonces le habia ocurrido. Era este igual al que ahora lamentamos nosotros: la pérdida de su buen padre, cuya narracion, una de las mejores cosas por cierto que ha escrito su pluma, concluye con estas palabras, que parece traslada aquí en justo honor del que dió tal padre á su familia, y tal hijo á la Nacion. "Martes á 4 de julio de 1815, á las once y cuarto de la mañana, espiró el autor de mi vida D. José María Musso y Alburquerque, á los 54 años cumplidos de su edad: buen esposo, buen padre, buen ciudadano, buen caballero; estimado de todos, idolatrado de los suyos; de alma piadosa, de corazon benéfico; temeroso de su Dios, observador de la ley divina, celoso de la religion católica, que con sinceridad profesaba."

Cuando el tiempo cerró, si no curó para siempre tan dolorosa herida, las ocupaciones domésticas, y entre ellas la primera educacion de sus dos hijos mayores, ya en edad de recibirla, absorbían principalmente su atencion. Enseñóles por sí mismo los rudimentos de nuestra santa religion y las primeras letras, y para prepararlos á otro género de estudios, extractó y formó un tratadito fundado sobre las lecciones preliminares del curso de estudios de Condillac. Minuciosidades podrán parecer estas á algunos; pero, fuera de que sus hijos recordarán siempre con ternura tan paternal solicitud, no faltarán almas profundas ó tiernas, á quienes complazca la imagen del sábio eminente, del hombre llamado por sus talentos á ocupar los primeros puestos de la Nacion, dirigiéndolos todos

á llenar el sagrado deber de maestro de sus hijos, de dar la vida intelectual á los que habia engendrado para la material. No por eso se olvidaba él de sí propio: continuaba con ardor el estudio reflexivo de la historia, y el de nuestro idioma: enviaba á la *Minerva*, periódico que á la sazón publicaba su amigo Olive, algunas composiciones poéticas, ya originales, ya traducciones de los antiguos: "tiempo perdido, dice él con su acostumbrada é inimitable sencillez, porque la naturaleza me habia negado el númen poético." Por cierto que, si en ellas salta el fuego divino que dá el alto renombre de poeta (que algun don habia de escasear el cielo á alma á quien tantos habia prodigado), hállanse ea sus versos cuantas buenas dotes pueden proporcionar el estudio, la meditacion, el gusto mas esquisito. Y como la observacion del talento debe ocupar tan principal lugar en la vida del hombre literato, permítaseme llamar la atencion sobre el fenómeno de que un hombre, que á aquellas cualidades reunia una alma ardiente, una imaginacion brillante y fecundísima, que chispea en sus escritos en prosa, desfalleciese al haber de sujetar sus ideas á cierta medida, y produjese versos buenos y concluidos, sí, mas no de los que conmueven el alma, y valen la inmortalidad. Verdad es que tal vez dependió en parte de que navegaba contra marea, porque nunca cultivó la poesía dramática; en la cual, especialmente en la comedia, se hubiera hallado en su verdadero terreno, y hubiera conquistado el renombre de poeta, legando al teatro nacional obras dignas de su genio. Los que vivieron en su intimidad podrán decir hasta qué punto sean acertadas mis conjeturas. Mas volviendo á sus ocupaciones literarias, en aquel tiempo, para dicho periódico, hizo el análisis de la Mérope del marqués Maffei, y un artículo sobre Anacreonte, despues de un prolijo exámen, que tambien escribió, de sus composiciones. A él siguió el de los fragmentos de Safo, y llevaba entre manos el de Catulo, cuando hubo de interrumpirle por otras atenciones que se atravesaron, y que volvieron á lanzarle en la vida pública. Habían llegado á su colmo en Lorca la division de los ánimos, los ódios, las venganzas: ardía la lucha entre la empresa de pantanos y el ayuntamiento: hallábase confusa y enredada sobre toda ponderacion la administracion

de los caudales públicos y de propios; consecuencia natural de las vicisitudes pasadas. Clamaban todos los hombres de algun valer, y despertando el Gobierno á sus clamores, adoptó el remedio único á tantos males: reunió en una sola persona el corregimiento del pueblo y la superintendencia de la empresa, separando de aquel cargo las atribuciones judiciales; y para aquella autoridad puramente administrativa, buscó un hombre que fuese capaz de ejercerla dignamente; este hombre fué mi padre D. Pedro de la Puente, acerca del cual, no á mí, cuyas palabras no podrían ser nunca desapasionadas; mas oiga el lector á su ilustre amigo, cuya vida le doy ahora á conocer. "Fué sin duda, dice, muy acertada la eleccion. Montañés de nacimiento, que habia servido los empleos de secretario de la presidencia de Castilla, y oidor de la audiencia de Méjico, varon de luces despejadas, buenos conocimientos, suma integridad, gran desinterés, carácter firme, genio franco, mucha energía, actividad increíble; ninguno mas á propósito para el estado en que se hallaba Lorca.

Hombres tales no podian menos de buscarse primero, de apreciarse despues, de trabar al fin una amistad á prueba de la lima de los tiempos, de las vicisitudes de la fortuna. No me propongo trazar aquí la historia de la honrosa y difícil administracion del autor de mi existencia, durante su gobierno en aquel pueblo, que aun hoy recuerda con gratitud sus afanes, y con elogio sus virtudes. Pero sí diré que á persuacion suya, y para ayudarle mas eficazmente, consintió Musso en ser nombrado síndico procurador general del ayuntamiento; eleccion aplaudida de todos, porque todos entonces le querian bien; y que en todo cuanto hizo aquel en beneficio de la ciudad, é hizo cuanto pudo, le sirvieron de auxiliares entre otras personas beneméritas del vecindario, el nuevo síndico y su hermano don Pedro Alcántara, coronel á la sazón del regimiento de milicias provinciales á que dá nombre aquella ciudad, y comandante de armas del cantón. Mas no es posible dejar de hacer especial mencion de uno de los mas eminentes servicios que entonces hizo aquel á su país. Como mi padre en calidad de superintendente de la empresa, estendiese un informe para el Gobierno sobre las obras, que deberían ejecutarse en be-

neficio de la agricultura, y en él siguiese el espíritu de añejas doctrinas, vinculadas en aquellas oficinas; pudiendo haber sido fatal al pueblo su adopcion, como quiera que el celo mas puro y mas ardiente no basta por sí solo para asegurar el acierto, Musso, á quien aquel consultó sobre su escrito, trabajó otro para convencerle de su error. Consiguiólo con tanta gloria del uno como del otro; que si es mucha la del que reduce á la razon al que se halla ofuscado, y convierte en bienes los males, que debian ser consecuencia de su equivocacion, no es menor ciertamente la del que en edad que no suele ser muy flexible, dotado de talentos para pensar por sí, y mas hallándose revestido del carácter de autoridad, cede á la voz de la razon, y ahogando las inspiraciones del amor propio, sabe confesarse vencido. No fué esta la sola vez que sobre tan interesante asunto, sobre el pantano y los riegos de la huerta, ejerció el primero su pluma. Varios escritos estendió para mi padre, varios para otras autoridades, para el Gobierno supremo, para diversas corporaciones científicas y personas entendidas en la materia: unos pedidos, otros hijos de su celo; y aun últimamente en el utilísimo tratado sobre las aguas que ha escrito su amigo y condiscípulo el Ilustrísimo señor don José Mariano Vallejo, se insertó una memoria de don José Musso sobre el riego de la huerta de Lorca, recomendada por el editor, y apreciada de cuantos inteligentes la han visto.

Entre tanto se conjuraba violenta tempestad contra mi Padre, que no estuvo exento de la suerte comun al que ha de reformar abusos, y no puede menos de lastimar á los que viven de ellos. Sobresaltados estos, atizando el amor propio de algunos, haciéndoles creer imaginarias ofensas, sorprendiendo la buena fé de los otros, maquinaron para su destitucion. A ninguno de ellos nombro, ni de ninguno de ellos quiero acordarme; porque muy niño entonces para conocerlos, cuando aprendí sus nombres, aprendí que habian sido perdonados por los mismos á quienes directamente ofendieron. Pero sí arde en mi corazon eterna gratitud á los que en la época de la prueba se mostraron fieles á la justicia y á la amistad; y en este número cuento á la cabeza á Musso y á su hermano, que reprobaron con indignacion aquellos manejos, y á su

firmeza debieron la frialdad y resentimiento de algunos, fatal levadura que fermentando un día, habia de convertirse contra ellos en implacable persecucion. Desde aquella época conocí yo al que mas adelante habia de obtener de mí el cariño y el respeto de hijo. ¡Cuán ageno estaba entonces de imaginar que el niño que apenas sabia hablar (cuatro años contaba yo á la sazón), y á quien veia jugar entre los suyos, habia de dar á conocer hoy su vida, y derramar tantas lágrimas sobre su sepulcro!

Lograron los contrarios en parte su objeto: mi padre separado de Lorca, fué promovido al consejo de Castilla, y á poco tiempo fatigada su salud, no del peso de los años, sí de honrosos servicios hechos á su patria, falleció prematuramente en Manzanares. Séame permitido no separar en el sepulcro los nombres de aquellos á quienes enlazaron tanto en vida la amistad, la uniformidad de ideas, de tareas y de sufrimientos, y que tan unidos viven en mi memoria y en mi corazón.

Preparábanse entre tanto grandes acontecimientos en la nación. Ya desde el año de 1819 se habian notado síntomas de sublevacion en el ejército expedicionario de Ultramar, reunido en la parte baja de Andalucía. El fuego comprimido por aquel año, estalló en principios del siguiente, proclamando parte del ejército la Constitucion de 1812. Respondieron al eco diferentes ciudades, y finalmente la juró el Rey en 9 de marzo. Por cierto, tomando despues parte en el movimiento general, publicó la Academia Española un programa de premios de elocuencia y poesía sobre asuntos análogos á las circunstancias. El de prosa era un discurso gratulatorio á Fernando VII por haber jurado la Constitucion, en el cual se comparasen los principios del gobierno anterior con los del nuevamente adoptado. Al anuncio de abrirse la liza, no pudo menos de sentir sus fuerzas nuestro héroe, y de reconocerse ganoso de romper una lanza. Así, pues, y á pesar de que á ninguno de los individuos de la Academia concia, puso manos á la obra, presentó su escrito, y nadie pudo disputarle la corona. Recibióla, pues, y con ella una de las mas puras y cumplidas satisfacciones de su vida, por lo mismo que tan seguro estaba de que al mérito, cualquiera que fuese, de su

trabajo, no á afecto personal, ni á recomendacion alguna, era deudor de la victoria. Bien quisiéramos que los límites de este artículo nos permitieran insertar algunos trozos: vieran nuestros lectores, no solo los sanos y juiciosos principios en que abunda, en época en que por cierto todavía había bastantes errores, que despues ha ido desvaneciendo la esperiencia; sino la pureza y dignidad oratoria del estilo, tal que al leerla nos parece oír al Orador Romano, hablando en Castellano por boca de Granada. Fué esta la única produccion literaria que presentó en aquella época, y acaso la primera, que se publicó con su nombre; bien que para lo último fué preciso que la edicion la hiciese la Academia. Varon tan señalado y de tan honrosos antecedentes no podía permanecer en el rincón de su hogar en época tan agitada y turbulenta. Buen ciudadano, de aquellos que no conspíran, ni atraen las revoluciones; pero que sirven al gobierno que piensan puede producir la felicidad en su patria, así como elogió las ventajas del régimen representativo, no se contentó con ser ocioso espectador de los esfuerzos que se hacian para plantearle, luchando con mas de una clase de enemigos. Ni por ventura hubiera podido, aunque así lo deseára, quedarse en Talanquera; porque no es posible resistir á la opinion general, cuando fuese dado negarse á las ilusiones de la gloria, y á las inspiraciones del patriotismo, especialmente en edad en que no se ha recibido el amargo desengaño de la esperiencia, y en que es fácil olvidar y perdonar. Así es que de las filas de la Milicia Nacional, en que sirvió en el arma de caballería, sacáronle sus conciudadanos para entregarle el bastón de primer Alcalde Constitucional. ¡Menguada hora por cierto, que abria una época de tantas amarguras!... Pero corramos un velo sobre aquellos tristes sucesos, mientras llega el dia en que apagados por la muerte, no ya solo los resentimientos, sino los pechos donde se abrigaron, pueda la mano severa de la historia poner el dedo en las llagas, y decir de qué parte estuvieron el juicio, la prevision, el acierto, si ya descubre, como creemos, en algunos de los que siguieron distinta bandera, la misma pureza de intencion. La memoria se resiste á recordar, la pluma á describir al ilustre patriota acometido, perseguido y proscrito en

su mismo pais, no hallar asilo sino en las débiles tablas de un barquichuelo, que no sin grave riesgo del naufragio, le condujo al peñon hospitalario de Gibraltar. Refugióse ciertamente alli, no á conspirar contra su Patria, sino á esperar que pasase la recia nube que contra él habia conjurado el ciego espíritu de partido, que mientras en las Córtes se escuchaba la defensa de su causa por boca, entre otros, del diputado Don Agustin Argüelles, confiscaba sus bienes, los malbarataba en la plaza pública, se encarnizaba contra sus servidores, llenaba de espanto á sus adictos, de desolacion á su interesante, y entónces huérfana, familia.

Divertía alli en cuanto era posible, sus pesares con el estudio del idioma, costumbres y literatura del pais, complaciéndose sus autoridades en facilitar al ilustre huésped la entrada en todas las bibliotecas; y en aquel pueblo casi enteramente mercantil, no faltaron quienes rindiesen homenaje á sus talentos. Con su sociedad, y mas aun con la de los tesoros que aquellas encerraban, procuraba él distraer la memoria de los amargos sucesos, que le habian llevado á aquellas orillas, y ó bien les manifestaba su gratitud por la acogida maternal que le habian dado, en sentidos versos, en que deploraba amargamente las desgracias de la patria, ó bien se esforzaba en enviar á su virtuosa esposa algunos, que mintiendo tranquilidad y sosiego, derramasen el consuelo y la esperanza en su corazon despedazado. En el estudio del idioma inglés hizo tan rápidos y seguros progresos, que no solo le hablaba con facilidad, sino que llegó á escribir en él, no sin harta propiedad y elegancia, unas observaciones sobre el teatro de aquella nacion, comparándolo con el nuestro.

Entre tanto sucedíanse con rapidez los acontecimientos en la Península: á la division, que desgraciadamente se exacerbó mas y mas en los ánimos, siguióse el desconcierto. Pronunciáronse abiertamente hostiles las córtes extranjeras, invadieron las tropas francesas nuestro territorio, buscó nuestro Gobierno asilo y defensa en la extremidad de Andalucía, y vencido en ella por las armas extranjeras, y la desunion de sus sostenedores, verificóse la reaccion de 1823 en favor de los principios del gobierno absoluto.

Sujetadas en parte las pasiones por la presencia de la fuerza extranjera, volvió Musso á su casa á contemplar dolorosamente los restos de la recia borrasca que habia corrido, y en que estuvo á pique de perecer. Cual fuese entonces su conducta, forzosó es manifestarlo para gloria suya, y aviso y ejemplo de los que creen que son bastantes las persecuciones y las injusticias para disculpar el cambio de opinion en un hombre de bien. Yo por mí juzgo que es esta una de las páginas mas brillantes de su vida; por lo mismo no la ajaré, trazándola torpemente; dejaré á él la gloria de describirla. "En tal situacion ¿qué deberia yo hacer? La persecucion que acababa de sufrir, me daba gran realce á los ojos de los que llevaban la voz, y sin dificultad podia aprovechar la ocasion de ocupar en mi pais un lugar distinguido. Mas para ello era necesario que participase de la efervescencia general, que hiciese del absolutista, y aun del mogigato; que clamase noche y dia contra los novadores, y que lejos de perdonar á mis enemigos, me encarnizase hasta contra los sospechosos. Tal modo de proceder repugnaba ciertamente, no menos á mis principios, que á mi carácter; porque, ¿cómo obrar contra lo que yo mismo habia hecho, y alabado, y contra lo que en mi juicio, reducido á sus justos límites no solo no tenia nada de reprehensible, sino que tambien era lo mas conveniente á la nacion? Yo, á fé mia, no queria aparecer campeón de un orden de cosas que siempre me habia repugnado; y repugnaba todavía mas á mi conciencia ensañarme con persona alguna." Mas como el no separarse de estas máximas pudiera haberle suscitado en su pais nueva y recia persecucion, y por otra parte le llamasen poderosamente á la Côte, su inclinacion á la literatura y la educacion de sus hijos, trasladóse á ella con su familia.

Muerto en Madrid para la vida pública, solo vivía para la literaria, en la cual los hombres de todos los partidos le tributaban gran consideracion. Tradujo por entonces en verso una comedia de Terencio, escribió interesantes observaciones sobre algunas piezas de los teatros de Calderon, Lope de Vega y Cervantes, y sobre la famosa Celestina. Pero dedicado principalmente al estudio de su pais, leyó y extrató el itine-

rario de La Borde y su viaje pintoresco; y por último le hizo muy profundo y detenido de la historia nacional, leyendo y formando extractos y apuntes sobre Mariana, Conde y casi todos nuestros cronistas é historiadores.

En esta época quiso acometer la empresa de escribir la historia de la guerra de la independencía; mas solicitando del Gobierno que se le facilitasen los documentos que existían en los archivos y secretarías, le fué denegada su pretension por Calomarde, que dijo estar ya cometido aquel encargo á quien era bastante á desempeñarle. De esta suerte perdió Musso la ocasion de legar á su Patria un monumento digno de su nombre; y si bien el Sr. Conde de Toreno ha llenado posteriormente este vacío, con una obra digna de sus talentos, y que acaso será su mas glorioso timbre en la posteridad, los que de cerca hayan examinado los eminentes dotes que reunia aquel para historiador, y de que son insigne muestra algunos trabajos, que ha dejado, no nos culparán ciertamente de atrevidos si aseguramos que nada perdieran, y tal vez ganaran mucho, así la literatura, como la gloria nacional, en que en tan alto asunto hubieran luchado escritores dignos de ser rivales en este género.

Su dedicacion á otros ramos del saber no le distraía nunca del estudio profundo de la Religion, que, como ya dijimos antes, tuvo siempre en principal lugar. Consta por sus apuntes que solamente de seguido leyó once veces el viejo Testamento, y el nuevo diez y ocho; pero lecturas como todas las suyas, meditadas, detenidas, como de quien no trata de satisfacer la curiosidad, ó tomar una idea de lo que en un escrito se contiene, sino con la prolijidad y meditacion de quien se propone mandarle á la memoria, y esto confrontando textos y versiones, formando tablas cronológicas, añadiendo cuantas ilustraciones podian darle una acertada y piadosa inteligencia de los sagrados libros. He aqui para muestra de su verdadera y sólida piedad, lo que dice á este propósito: "¡Y cuán poco, oh Dios mio, cuán poco me he aprovechado de tu divina palabra! Dáme, Señor; que enmiende lo pasado, dáme que me recree y fortalezca con tus santas escrituras: sean mi pasto comun, y dándome Tú, oh Dios mio, tu divina luz

para entenderlas de la manera que las entiende tu Iglesia, haz que la meditacion de las eternas verdades produzca en mi corazon copiosos frutos de justicia, que aparezcan en todas mis obras, en toda mi conducta.”

No apaciguada con esto la ardiente sed de instruccion que le devoraba, abrazó tambien con igual ardor el estudio de las ciencias naturales. Tres años seguidos asistió á la clase de mineralogia, que regentaba el profesor D. Donato García, escribiendo diariamente las esplicaciones. Matriculóse, y aprendió tambien un curso de química, bajo la direccion de D. Antonio Moreno, resolviendo los problemas que de cuando en cuando proponía á los discípulos, y escribiendo una disertacion sobre las presiones y temperaturas de los gases. Concurrió igualmente á un curso completo, ó dos años de anatomía comparada y zoologia, que esplicaba D. Francisco Villanova; otros dos á botánica, bajo la direccion de D. Vicente Soriano, y otro á agricultura, que enseñaba D. Antonio Sandalio de Arias. Interesaba ciertamente, y escitaba no menos á la aplicacion que al respeto, ver al que tantos títulos tenia ya al nombre de sábio, en edad en que suelen creer los hombres que no les queda nada que aprender, ó por lo menos que les es vergonzoso confesar que ignoran alguna cosa, recorrer desde la madrugada las calles de la capital no envuelto en intrigas ni en planes de ambicion, no adulando á los próceres, sino en traje humilde, con semblante modesto, corriendo de aula en aula, á donde quiera que veia arder la llama del saber. Y cuando á estas clases concurría, no buscaba ciertamente un mero pasatiempo; hacía lo de suerte que al salir de ellas, pudiera disputar la palma á muchos que en estas ciencias pasan por profesores. Demostracion de esta verdad es el hecho de que habiéndose ofrecido premio por oposicion al finalizar el primer curso de botánica, optó á él, escribiendo una disertacion sobre la cuestion siguiente. “¿El conocimiento de la fecundidad de las plantas es necesario en botánica, y hasta qué punto interesa al que estudia la ciencia?” Ganóle en efecto, ¿ni quién se lo hubiese podido disputar? adjudicándosele un ejemplar magníficamente encuadernado de los *Icones plantarum* de Cavanilles.

Al mismo tiempo, cundiendo por todas partes la noticia de su mérito, abríale las puertas las academias, complaciéndose en recibir en su seno á quien tan copiosos frutos les prometia.

Entró primero en la de la Historia, á instancias del sabio obispo Don José Sabau, y á ella concurrió constantemente, tomando parte en sus tareas. Trabajó amistad con sus ilustres compañeros, y otros literatos distinguidos, entre los cuales no será fuera del caso nombrar á los señores D. Juan Agustin Cean Bermudez, D. Martin Fernandez de Navarrete, Don Marcial Antonio Lopez, D. Felix José Reinoso, D. José Gomez Hermosilla, D. Sebastian Miñano, y D. José Gomez de la Cortina. Andando el tiempo, en virtud de una erudita disertacion que presentó á aquel Cuerpo sobre ciertas inscripciones romanas de Lorca y Murcia, pasó á la clase de supernumerario.

Para su toma de posesion, leyó un escelente discurso, en que con la profundidad de conocimientos y elegancia de estilo que acostumbraba, demostró que *«nuestra nacion solo habia sido feliz cuando el Gobierno habia reunido el vigor y la prudencia necesarios en el que manda.»* Trabajó despues en el encargo de arreglar el monetario, evacuó diferentes informes, presentó diversas inscripciones y antigüedades. Celoso de atraer á la Corporacion miembros que pudieran auxiliarla en sus sábias tareas, proporcionó la entrada en clase de correspondiente al Sr. D. Juan Roca, y en la de supernumerarios á los Señores D. Alberto Lista, D. Pedro Olive y D. Serafin María de Sotto, conde de Clonard. Pero lo que inmortalizará su nombre en los anales de la Academia, es la ilustracion de la crónica del reinado de D. Fernando IV, que se le encomendó; y sobre el cual, y especialmente sobre la Regencia de su ilustre madre Doña María la Grande, princesa acaso la mas esclarecida que ha ocupado el solio castellano, escribió diferentes disertaciones, que son cada una un tesoro inapreciable. Trabajo acaso el mas importante que salió de su pluma, porque mas que ningun otro demuestra al razonador profundo, al narrador fácil y elegante, y da á conocer cuánto ha perdido la literatura nacional con hombre que tanto hubiera podido realzarla. Materiales eran estos preparatorios para la historia de la vida

de aquella insigne heroína, á quien parecía llamado á vengar del agravio de los siglos, y de la ingratitud de su nación. Mas á estas y otras grandes empresas, de que luego daremos cuenta, cortó el hilo la muerte, quedando hoy de algunas, al que de ellas recibió la dulce y honrosa confianza, tan solo el pesar de verlas desiertas, estériles, perdidas tal vez para siempre: nuevo motivo de dolor á los que por tantos títulos cuesta tan irreparable pérdida. Mas volviendo á aquellos trabajos, sea de consuelo á los apreciadores de nuestro Padre, que entendemos que la Academia se propone publicarlos en el tomo primero, que vea la luz, de sus interesantes memorias: si tal no fuese, no quedarían ciertamente ocultos; pues así estas, como otras obras suyas, cuidaremos de dar al público su hermano y sus hijos, tan celosos de la gloria del que, ó por la naturaleza, ó por vínculos no menos dulces, llamamos Padre y hermano, como creídos de que en ello hacemos un servicio importante á las letras y á la historia de nuestra patria. Entretanto, y para concluir este asunto, no dejaremos de apuntar que la Academia, despues de haberle oído leer algunas de estas disertaciones, le nombró su individuo de número, y le confió su secretaría, cuyo cargo estaba desempeñando cuando falleció. También á mediados de 1827 le abrió sus puertas la Academia española, á propuesta de los señores D. Martin Fernandez de Navarrete y D. Tomas Gonzalez Carvajal; y fué admitido en la clase de honorario, leyendo en la toma de posesion un discurso *sobre la influencia del carácter de las naciones en la formación de las lenguas, y de estas en los que las hablan*. Meses despues ascendió á supernumerario, y á mediados de 30, á individuo del número. En ella, trabajando con el celo que acostumbraba, coadyuvó á la rectificación del Diccionario en que continuamente se ocupa aquel sabio cuerpo; tuvo á su cargo la correccion de todos los artículos pertenecientes á ciencias naturales, y entre otras comisiones en que tomó parte, pertenecía á la de formación de una gramática de la lengua. Con cuanto ardor trabajase en servicio de la Corporacion, díganlo sus dignos compañeros, que creemos le conocerían pocos iguales en conocimientos, ninguno superior en el deseo de promover el esplendor y la gloria de la Acade-

nia. Todos aquellos le eran especiales amigos; mas entre ellos sea lícito citar á los señores marqués de Santa Cruz, D. Felix Torres Amat, obispo de Astorga, D. Eusebio del Valle, Don Juan Nicasio Gallego, D. Manuel José Quintana, D. Eugenio de Tapia. — Ni se contentaba con acudir solo con sus afanes al esplendor de la Corporacion; antes bien se gloriaba de haber hecho tomar parte en la empresa, y propuesto para académicos, á los señores D. Alberto Lista, D. José de la Revilla, D. Mariano Roca de Togores y D. Ramon Mesonero Romanos; queriendo que los que le estaban unidos por los vínculos mas estrechos de la amistad, tuviesen tambien con él esta fraternidad de estudios y de tareas.

Pero permítaseme que con la relacion de su vida literaria en Madrid, en los años desde el 24 al 30, enlace un hecho que coincidió con ella, y que si tendrá menos interés para los lectores, conmueve profundamente mi corazon. Hablo de la circunstancia que me proporcionó volverle á ver, y que de tal manera unió en adelante nuestra suerte, é influyó tan notablemente en la de mi vida. Antes debo decir, en justo elogio de sus virtudes sociales, que fue siempre fiel y buen amigo de mi buena madre en su viudez, y que no volvió, como hicieron otros, las espaldas, ni á ella ni á los hijos de su amigo, cuando pensaron, erradamente por fortuna, que ya solo de peso podian servirle las relaciones con quienes creían desvalidos. Prueba de lo contrario fué (entre otras que no por callarlas aquí están menos grabadas en mi corazon y en mi memoria), el anhelo con que me buscó en cuanto una casualidad le descubrió que me hallaba recibiendo mi educacion, en clase de seminarista, en el colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad. Abrazóme con la ternura de un padre, y yo, en cuya memoria se unia el recuerdo de su nombre y el de su familia, con las primeras y mas agradables impresiones de mi infancia, me lancé en sus brazos con la confianza que me inspiraba cuanto de él recordaba, cuanto habia oido á los míos. Perdona, amada y venerable sombra, sino puedo traer á la memoria sin lágrimas de amor y de reconocimiento, aquellos dias en que te arrancabas, no ya á las distracciones que proporciona la Côte, sino á las graves y útiles ocupaciones que

embebían tu atención, para visitarme en el colegio, examinar mis adelantamientos, alentarme en mis tímidos ensayos, dirigirme con tus consejos, aficionarme al estudio, premiarme colmadísimamente con una palabra de aprobacion, con un elogio de los que era tan pródigo en dispensarme tu afecto casi paternal para mí. Tú solo, tú el primero, cuando apenas contaba catorce años, viste entre la insubstancialidad propia de ellos una razon á quien no te avergonzabas de dirigir tus reflexiones, un corazon digno de tu confianza..... un amigo: fuílo ciertamente tuyo desde aquella edad, con la verdad, con el entusiasmo, con que en la juventud se reciben estas impresiones, con el respeto de un hijo, que ya desde entonces me complacía en anticiparte, aun ignorante del porvenir. Tuyos son los progresos que entonces pude hacer, las esperanzas que dí, y que los cuidados y la desgracia han marchitado despues en flor; y no negaré que tu ejemplo me ha preservado de muchos riesgos en el mundo, me ha enseñado muchos deberes. Ni el tiempo, ni la distancia, han entibiado nunca la vehemencia de mi cariño: mias han sido todas tus penas; todas han caido gota á gota sobre mí, y la injusticia y la ingratitud de los hombres, cuando te asestaba sus tiros, tanto, ó á veces mas que el tuyo, despedazaba mi corazon.—Pero tiempo es ya de que dominando estos afectos, aparte de mí la vista para fijarla en el hermoso cuadro de tu vida, que tan torpemente voy bosquejando á mis lectores.

Preparábanse en el año de 1828 exámenes públicos en mi colegio, y habíalos yo de sufrir, entre otros ramos, de humanidades, á las cuales tenia particular inclinacion; y para que en ellos me mostrase con mis compañeros entendido en la ópera considerada en la parte poética, nuevo género de poesía dramática, de que ó nada, ó muy poco hablan los escritores didácticos, principié á escribir un tratadito, que mereció los mayores elogios de cuantos le vieron; mas sobreviniéndome una enfermedad agudísima, que me puso á las puertas del sepulcro, no pudo servir para el objeto á que le destinaba. Suspendióle por lo mismo, deseoso de hacer en él mayores esplicaciones; mas como despues nunca tuviese ocio y tranquilidad para este género de trabajos, quedó sin concluir. Lás-

tima grande, porque no conocemos quien reuna igual suma de conocimientos para la empresa, como que á los eminentes que poseía en literatura, los añadía muy profundos, y un gusto muy delicado en la música, que habia cultivado siempre con afan, ya como arte, ya como ciencia, llegando á ser, no solo hábil pianista, sino mas que mediano compositor. Por lo mismo se estasiaba con las óperas, sin que sea dable concebir hasta qué punto obraba el encanto de la música sobre su organizacion, sino á ciertas almas privilegiadas, que podrán asimismo mas bien sentirlo, que esplicarlo.

Entre tanto, mas calmadas ya las pasiones, caminábamos todos al olvido de lo pasado, y la Nacion á salir del estado de postracion, á que la habían llevado tantas desgracias. Hubo entonces, la justicia y la gratitud exigen esta confesion, personas en el Gobierno, que conociendo los eminentes talentos de Musso, pensaron en hacerlos servir para bien de la patria. El Señor Don Luis Lopez Ballesteros, á quien cada día colocaba mas y mas la opinion en el brillante puesto, que de justicia se le debe, intentó nombrarle para diferentes destinos, que tenían relacion con la administracion, y aun para uno de ellos consiguió que se le estendiese el despacho, todo sin la mas mínima gestion, ni aun noticia de parte del agraciado, que ni de aquel, ni de ningun Gobierno, solicitó nunca para sí empleo alguno. Mas no á todos los que entonces valian, pareció bien que se premiasen los servicios del ilustre ciudadano; y se retuvo el despacho, á pesar de estar autorizado con la firma del rey. Este, por su parte, reconocia el mérito que procuraban ofuscarle: así es que siempre lo recibió con señaladas muestras de distincion y benevolencia, cuando se le presentaba con alguna comision de las Corporaciones á que pertenecia, invitándole repetidas veces para que le dijese si queria algun destino ó condecoracion, y favoreciendo á sus hijos para quien el virtuoso padre solicitó únicamente su proteccion. Posteriormente le concedió S. M., nacida la Princesa que le ha sucedido en el sόlio español, la llave de Gentil-hombre de su Cámara, con entrada.

Uno de los motivos que le llevaron á la presencia del Monarca fue el encargo que este dió á la Academia de la Histo-

ria de imprimir con los orígenes del teatro español, cuyo manuscrito había comprado, todas las demas obras publicadas é inéditas del célebre literato D. Leandro Fernandez de Moratin. La Academia encargó á Musso la noticia biográfica del autor, que se imprimió al frente de ellas, y como fuese el principal encargado de la edicion, tuvo que presentarla al Rey, á nombre del Cuerpo, cuando se concluyó. Tambien le pidió audiencia con motivo de otra pretension puramente científica. Viendo que los monumentos de la antigüedad iban desapareciendo de entre nosotros, por el lastimoso abandono en que se hallaban, y se encuentran hoy, proyectó con su especial amigo Don José Gomez de la Cortina, impetrar del soberano la formacion de un Museo, donde se recogiesen los unos, y se cuidase de la conservacion y seguridad de los que no era posible trasladar á la Côte. Mas aunque la idea fué oportunamente recomendada, y mereció favorable informe á la Academia de la Historia, no tuvo la suerte de ser aceptada, y solo merecieron sus autores que se elogiase su celo, dejándose su ejecucion para mas adelante.

Abrióse en aquella sazón la Academia Latina, y como donde quiera que se cultivase el saber, no podia faltar el nombre de Musso, aparece en los anales de aquella desde su creacion. Coadyuvó á que se le diese mas estension, abrazando el estudio de la lengua griega, y desde entonces tomó el título de Greco-latina; y para el dia de su instalacion compuso un discursito en griego, que mandó traducir al latin y castellano la Corporacion.

Ni solo fueron las ya dichas las que se gloriaban de contarle en su seno, y de verle asociado á sus sabias tareas. Con ellas podian contar cuantas promoviesen la ilustracion ó la felicidad pública. Asi es que sucesivamente y en diferentes épocas, le enviaron sus títulos las sociedades económicas de Valencia, de Murcia y de Jerez de la Frontera, y aun la segunda le nombró su director.

Hallándose la Côte en el Escorial, pasó con su hermano á visitar aquel soberbio monumento, gloria de las artes en España. Arrebatóle su contemplacion, sin que hiciese en todo el dia, mientras allí permaneció, mas que meditar, admirar,

escribir. Consérvanse por fortuna sus apuntes llenos de interés, y ricos de observaciones artísticas.

Porque no con menor entusiasmo, antes con tierna predileccion, miró siempre el estudio de las artes, que especialmente en esta época cultivó con singular ardor. Así es que introducida la litografía en España por el pintor de cámara Don José Madrazo, como despues de felices ensayos, acometiese la grandiosa empresa de publicar litografiada la soberbia coleccion de cuadros del Museo, los cuales habian de aparecer con textos, se encomendó la formacion de ellos á Don Juan Agustin Cean Bermudez, á quien ciertamente nadie podia disputar en España la palma en este género de conocimientos. Mas como enfermase el venerable anciano al llegar al cuaderno XII, él mismo designó como el mas capaz de sustituirle en el encargo, á su amigo Musso. Hízose éste cargo de la obra interinamente al pronto, y despues que la nacion y las artes perdieron á aquel virtuoso y sábio español, quedó definitivamente á su cuidado la comision. Como la desempeñase, mejor que nosotros lo atestiguan las páginas impresas que acompañan á las estampas. Cuanto podriañ dictar el juicio mas severo, el gusto mas esquisito, concebido por la imaginacion mas rica y fecunda, y revestido de los encantos de una dicion castiza, á veces grave, ligera á veces, picante algunas, y fácil siempre y elegante, y conveniente al asunto, está seguro de hallarlo el lector en los artículos en que aparece su firma. A ellos debió entonces, cuando no otras ventajas, la amistad de su distinguido editor el Señor de Madrazo, con quien la conservó sin interrupcion hasta la muerte, y el aprecio y consideracion de muchos, que ni aun de nombre le conocían: uno de ellos fué el comisario general de Cruzada Don Manuel Fernandez Varela, espléndido protector de las artes, y apreciadador del mérito, el cual como fuese entonces vice-protector de la Academia de San Fernando, quiso que entrase en ella Musso, siendo en efecto admitido en clase de honorario en 1830.

Alcanzó tambien al Museo del Prado aquella breve y desaparecida aurora de tranquilidad. Era á la sazón su director el Excmo. Sr. duque de Híjar, y en clase de artistas, de la pintura Don Vicente Lopez, y de la escultura Don José Alvarez. A

estos últimos debió Musso íntima amistad, aunque con varia suerte; pues mientras derramó sentidas lágrimas sobre la muerte prematura de Alvarez, arrebatado en la flor de su edad á la gloria de las artes en su pais, Lopez estaba destinado á pagar aquella deuda de amistad sobre el sepulcro de nuestro Padre; y lo ha hecho de suerte que á pocos hemos visto hacer iguales demostraciones en su sensible pérdida: séanle estas líneas monumento de nuestra eterna gratitud. En cuanto al Señor Duque, encomendó á Musso la formacion de los catálogos de los cuadros que hay en el establecimiento pertenecientes á las escuelas flamenca y holandesa, los de la sala reservada y de la de escultura. Hízolos acompañado de su amigo Don José Madrazo con indicaciones de su mérito respectivo, y de la vida de sus autores; mas todavía permanecen inéditos sus trabajos, si bien sabemos que en la edicion que se prepara del catálogo general, se incluirá el primero, no haciéndose otro tanto con los dos últimos, por la variacion que desde entonces han recibido dichos departamentos.

Mas estas tareas, y cuantas llevamos referidas, si le entretenían agradablemente, y le procuraban con el aprecio universal nó pequeña parte de gloria, ninguna utilidad ó indemnizacion en sus intereses le producian: por lo mismo mediado el año de 1830, como ya sosegados los ánimos, pudiese restituirse sin dificultad á su casa, habiendo habido en su familia arreglos domésticos que lo aconsejaban, y educados ya sus hijos mayores, regresó á Lorca con su familia, llevando á su modesto asilo un tesoro de conocimientos adquiridos en Madrid, y multitud de encargos y comisiones de los cuerpos literarios á que pertenecia. Tres años y medio permaneció allí arreglando sus intereses, y dedicado á completar la educacion de sus hijos; para ella escribió tratados elementales de diferentes ciencias, que publicados, no serán acaso los que menos bien hagan á la instruccion pública de su patria. El tiempo que estas ocupaciones, alguna enfermedad que le sobrevino, y penas bien agudas que no dejaron de hallar el camino de su corazon en aquel retiro, le dejaban libre, lo consagraba siempre al estudio, ocupacion favorita de su vida. Entonces tradujo primeramente en prosa, y despues en verso, y con varie-

dad de metros el Ajax de Sófocles, ilustrándole y comentándole con vários géneros de notas. Sientó sobremanera no tener á la vista, como hasta aquí, datos positivos de donde sacar la noticia circunstanciada de todo lo que entonces escribió; pero discúrralo el lector cuando considere que ya las Academias, ya sus muchos amigos le daban frecuentemente encargos literarios, que él no rehusó nunca, antes bien los satisfacía siempre con usuras. Acuérdomeme, por ejemplo, que con ocasion de haberse publicado el Sistema musical de la lengua Castellana de Don Sinibaldo de Mas y de Sanz, le envié yo un ejemplar, preguntándole en la estrecha y no interrumpida correspondencia, que seguíamos, su parecer sobre aquella sino exacta, al menos ingeniosa teoría.

Contestóme mas bien que en una carta, en una memoria, dándome ocasion de admirar la detencion y escrupulosidad con que examinaba cuanto caía en sus manos; y esto no por vanagloria, porque al hacerlo no escribía para el público; sino para darse cuenta á sí mismo, y sacar ó de un libro ó de los sucesos, toda la enseñanza que era posible obtener: deseaba tenerlo todò vivo, todo á su alcance: desconfiaba de su prodijiosa memoria, y no quería que ni el tiempo ni el olvido marchitasen nunca sus goces, amortiguasen sus penas, le quitasen de la vista la menor de sus acciones. Pero de esto la mas brillante demostracion es el diario exactísimo, que llevó durante una porcion de años, de todos los acontecimientos de su vida. Y no fué solamente la consideracion arriba dicha la que le movió á emprender este trabajo.» Otra utilidad, dice él mismo en sus apuntes, y no pequeña, me acarrea esta costumbre: la de poner uno mas cuidado en lo que vé, oye ó lee, por el que tiene de apuntarlo, y acostumbrarse así á fijar la atencion, y ser mas mirado en sus propias acciones, supuesto que luego las ha de poner por escrito.” De esta suerte este hombre verdaderamente piadoso dirigía sus estudios, y todas las acciones de su vida á la mejora de sí mismo, y á la par que ilustraba su entendimiento, cultivaba su corazon y purificaba su alma. Cuanto hacía, quanto veía, quanto oía, quanto leía, todo consta en el diario; en él se halla su corazon todo entero; pues respirando en la soledad de la sujecion que imponen en la sociedad la caridad, la prudencia y la to-

lerancia, ya se desahogaba en sentidas quejas por sus desgracias, y por los pesares que habian emponzoñado su existencia, ya prorrumpía en lastimeros ayes por las prendas, que le había arrebatado la muerte. Empezóle el año de 27, y le continuó sin interrupcion hasta la víspera del dia en que contrajo la enfermedad, que nos le arrebató para siempre. Tesoro inapreciable, cuyo valor solo puede conocer quien haya recorrido sus ignoradas páginas: precioso legado de dolor y de ternura, que á mis ruegos se libertó del fallo de ser reducido á cenizas, á que le habia condenado; que repetidas veces me ofreció para despues de su vida, cuya dolorosa posesion debo hoy á su voluntad repetida en sus últimos dias, y que por lo mismo encierra para mí tantos motivos de amor, de admiracion y de lágrimas.

Mas anudando el hilo de su vida, veámosle herido de una desgracia no nueva ciertamente para él, que ya la habia llorado semejante, pero de aquellas en que siempre lo parece el dolor. ¡Tanto vale la vida de una Madre! ¡tan cruel, tan terrible debe ser el momento de perderla! especialmente cuando no solo le es un hijo deudor de la vida, sino de aquella tierna solicitud, de aquel desvelo, que nos la dá tantas y tantas veces en nuestra infancia, cuando en su regazo, de sus labios, entre besos, aprendemos las primeras ideas de la Religion, las primeras emociones del corazon, el albor de la razon, nuestra educacion primera. Y si despues, ademas del respeto, nos es dado tributarle nuestras mas dulces confianzas, si le somos deudores de la felicidad, si en la adversa suerte hemos ahogado nuestras penas en su corazon (que todas caben en el de una madre) ¿qué será del que súbitamente se vé solo en el mundo, sin aquel abrigo, sin aquel retiro, cuyo solo recuerdo, embalsamando el alma, parece que suspende y embota todos los dolores? ¡Oh! ¡no permita el cielo que pues me ha sido dado tan colmadamente este bien, sufra la terrible prueba de perderle! ¡no conozcan mis ojos estas lágrimas, ya que tantas y tan amargas les ha cabido en suerte derramar!—No las evitaron por cierto Musso ni su hermano cuando en 31 de marzo de 1833 vieron desaparecer á su virtuosa y respetable Madre la Sra. Doña Joaquina Perez Valiente. En vano la vieron

llegar robusta y vigorosa á venerable ancianidad, y despues como en sueño plácido adormecerse en brazos de la muerte entrecortando su silencio en los labios de la virtuosa señora el himno, con que la Iglesia llama tres veces Santo al autor de la vida, como si este hubiese dispuesto que volara á terminarle en su seno: para sus hijos todo fué en aquellos momentos desolacion, gemidos, recuerdos del bien perdido; por único consuelo la piadosa esperanza de recobrarle. Acudía confusa y apesadumbrada la multitud á contemplar los restos de la que admiraron y veneraron en vida: aclamaban su virtud, sus superiores talentos, su sólida y su comun instruccion, y hoy, despues de algunos años, si los suyos no podrán leer estas líneas sin derramar una lágrima á su memoria, para respetarla nosotros baste recordar de qué hijo fué Madre, y que dándole la primera educacion, y dirigiéndola en lo sucesivo, le somos en gran parte deudores de las virtudes y de los talentos del que lloramos.

Apenas vuelto en sí de tan crudo golpe, hubo de venir á Madrid en el año de 1834. Ocupaba ya el sòlio español nuestra inocente Reina, y llevaba su Madre las riendas del Estado. Formaba entonces su consejo el ministerio Cea, y de él hacía parte, teniendo á su cargo el de Fomento, de reciente institucion, don Javier de Burgos, á quien la opinion general designaba justamente como el mas á propósito para plantear en España un sistema acertado de administracion. Para verificarlo, instituyó las subdelegaciones de Fomento, y entre los nombramientos primeros que hizo de los que las habían de desempeñar, apereció confiada á Musso la de su provincia. Ciertamente el Ministro, que habia tenido ocasion de tratarle en Madrid, solo halló en adelante motivos de aplaudirse por la eleccion. No vamos á trazar una historia detenida del gobierno de nuestro padre en Murcia: algun dia verán la luz pública la noticia de sus trabajos, de sus afanes en favor de su provincia, que no por no haber sido todos coronados del éxito que pretendía, son menos gloriosos para el que los concibió. Pero si alguna idea quieren formar nuestros lectores, hablará Cartajena, pacificada á su voz, de su espíritu conciliador; Lorca, de su energía para restablecer en ella la adminis-

tracion de justicia; la capital, de su serenidad y valor cívico en la horrorosa inundacion que sufrió, y estuvo á punto de arrancar su puente; de su arrojo para arrostrar los peligros, y del tacto para dirigir y enfrenar las pasiones del pueblo, la memorable noche de 3 de mayo de 1835, en que concitado aquel contra el intendente primero, y despues contra el obispo, presentóse solo el gobernador civil en medio de los grupos, sin mas escolta que su firmeza y el aprecio público, habló al pueblo, cambió en risas los tiros, y gritos amenazadores, disipó el tumulto, salvó las vidas de los acometidos, hizolos por último salir de la ciudad completamente seguros: por último, en todas sus comunicaciones al Gobierno pueden verse su actividad, su celo, la estension de sus miras, la superioridad de sus conocimientos. Bien lo conocía el Gobierno; y así, como los procuradores por Sevilla sollicitasen de él con instancia que enviase á gobernar aquella hermosa y envidiable provincia, un gefe administrativo capaz de desenvolver sus inmensos recursos, y digno por sus cualidades personales de puesto mas alto todavía por las circunstancias particulares de aquellos pueblos, que por la categoría del destino, los ánimos y la vista de todos se volvieron á Musso: "yo prometo á VV." contestó el Ministro "el mejor gobernador civil que hay en España" calificación que nosotros, porque nada está mas lejos de nuestro ánimo que rebajar ni aun indirectamente el mérito de nadie, no nos empeñaremos en sostener; pero que no podemos menos de citar como insigne testimonio del alto concepto, que habia sabido grangearse, el que tan modesto le tenia de sí propio. Pero si mi pluma ha corrido rápidamente al referir esta época, no pasó así para él, que en ella hubo de lamentar la mayor desgracia, que habia de llorar en su vida. Invadió el cólera la capital del reino de Murcia, y la esperiencia puede recordarnos cuanto susto, cuanta zozobra traía consigo su aparicion, cuanta desolacion, cuanto llanto dejaba al pasar la funesta constelacion. Porque ¿quién no tiene que derramar lágrimas por ella? Eternas las arrancó de mí arrebatando de mis brazos en mi abuelo materno, el señor Don Fermín Antonio de Apezechea, al que me ha sido Padre amantísimo y bienhechor; ni es posible que al repasar en mi me-

moria aquella época y el 17 de junio de 1834, deje de consagrarle un recuerdo. No fueron menos amargas y merecidas las de Musso que dos días despues, en el espacio de 10 horas, vió desaparecer de su lado á su virtuosa mujer, primero y único objeto de su amor en el mundo, que por él solo y para él vivía, y que despues de haber hermoseado su juventud, é inspirádole sus mas brillantes sueños de gloria y de felicidad, con él habia dividido las penas y los afanes de la vida.—No trataré yo de bosquejar su retrato; recuerde el lector lo que de ella dijimos al principio de este escrito: preciso es haberla conocido, para saberla llorar. Madre virtuosa, esposa ternísima, á quien debió con el ser sus encantos y sus virtudes la que tanto te semejava, y de quien me era dado prometerme toda mi felicidad sobre la tierra; cuántas veces echaba de menos tu presencia para que bendijeras mis esperanzas, y sancionases mis dichas con tu aprobacion! Pero ¡cuán feliz te considero ahora, que ni lloraste sobre el sepulcro de tu hija, ni sentiste el abandono y el dolor, y la desesperacion que causó tu pérdida en el corazon de tu esposo! Cayó ciertamente en un frenesí, humillada, embotada, perdida en el primer momento, no ya la fuerza de la razon, sino la voz misma de la religion, á la violencia del dolor. Mas no podía permanecer sordo á esta, quien tan hondamente la llevaba en el corazon: derribado ante tus plantas, te ofreció, Señor, tan inmenso sacrificio; oró por la que amaba, y lloró entonces, porque tú bendices las lágrimas cuando se derraman en tu seno; y lloró siempre, porque tales desgracias secan el corazon, y solo dejan vida para llorar. Seis hijos, que entonces empezaban á llamarse huérfanos, participando de su pérdida, le añadian nueva amargura. ¡Felices entonces, que al menos podian llorarla en el seno de tal padre! Ellos le atraian á la vida, y ellos solos pudieron volver algun sentimiento de dulzura á su corazon; mas como si la suerte se complaciese en llevar al extremo sus rigores para con él, cuando herido de tanta desgracia, y acometido de la misma enfermedad, se hallaba postrado en cama en la villa de Mula, muertos, enfermos, ó dispersos todos los oficiales del gobierno civil, estallaron en la provincia trastornos de consideracion. En tan terrible situacion, ni el peligro, ni la enfermedad, ni el

dolor pudieron distraerle de sus deberes: una de sus hijas le llevaba la pluma: dictó las providencias oportunas, y ocurriendo al daño con la firmeza conveniente, restituyó la tranquilidad á los pueblos.

Llamado, como dijimos arriba, á gobernar los de la provincia de Sevilla, desembarcó con sus tres hijos menores en la capital el 1.º de julio de 1835. Encontráronle al saltar en tierra los brazos de mi familia, que como á propios los recibieron: en cuanto á mí nada diré, sino que no acababa de creer que tenía la suerte de verle de nuevo, y de disfrutar de su enseñanza y amistad. ¡Insensato de mí, que no sabia cuantas satisfacciones, y cuántas lágrimas habian de seguir á aquella entrevista! Un solo dia tardó en hacerse cargo del gobierno de la provincia, y con un celo, con una actividad, con un tino sin igual se rodeó de las personas de mas reputacion, representacion é inteligencia en el pais, y empezó á poner en juego los entorpecidos resortes que habian de causar su prosperidad. Fuéronle allí buenos y leales amigos los Señores D. José María Benjumea, D. José Lopez Rubio, D. Pedro Nautet, D. Pedro Manuel Olea, D. Pedro Luis Huidobro, Don Joaquin Martinez Cintora y D. Pedro Antonio Quintana. Pero mandaba en épocas de revolucion, en que la casualidad ó la fortuna desconciertan los planes mejor combinados. Era cabalmente la época en que conmovida la nacion contra el ministerio que presidia el Señor Conde de Toreno, sordamente amenazaba con el alzamiento, que estallando primero en Zaragoza y Barcelona, no tardó en hallar eco en las provincias del mediodia. Sevilla no se esceptuó del movimiento general. Desistióse del mando, pronunciada parte de la guarnicion, el Príncipe de Anglona, á la sazón capitán general, y otro tanto pretendió hacer Musso; pero cercáronle las personas mas influyentes y de mas concepto de la capital, y le pusieron delante con tan vivos colores el peligro que la amenazaba, si la anarquía se apoderaba de ella en los primeros momentos, que el gobernador civil cediendo á sus súplicas, y á la urgencia del peligro, hizo por el bien de Sevilla el sacrificio aparente de su pundonor, el de mas valor por cierto que puede imaginarse de un hombre de sus prendas. Mas

instalada la Junta, como en ella entrasen personas de cuyas intenciones no se podia dudar, afianzada la tranquilidad, y llegando las instrucciones, que el moribundo gabinete comunicaba á sus agentes por el reservado conducto de la Gaceta, Musso se presentó con ella en la mano á la Junta, espúsole los deberes que le imponia su carácter de empleado y de jefe de la administracion en aquella provincia, le manifestó que los seguiría con resolucion, y que por lo mismo se retiraba. En vano algunos individuos, mas acalorados que prudentes, se opusieron á su decision, diciéndole que continuasé, no como gobernador civil en nombre de la Reina, sino por la aclamacion del pueblo. Resistióse con entereza, añadiendo que había entrado en la Junta con aquel carácter, y lo que en cualquier ciudadano pudiera ser, cuando mas, un estravío de celo, en él no dejaria de ser una traicion, y "mi madre, añadió, "no me parió para traidor." Y como insistiesen en que conservase aquel doble carácter, "nadie puede servir á dos amos" contestó, repitiendo la sabida máxima del Evangelio. Espresion vertida en confianza en el seno de la Junta, de que despues se abusó maliciosamente, publicándola y comentándola en un manifiesto que se dió á luz en nombre de la Junta, y que á ser menos sênsato y digno de llamarse verdaderamente liberal, el pueblo de Sevilla, hubiese podido arrastrarle contra él á los últimos escesos. Pero nadie respondió al insidioso llamamiento para ofender al virtuoso jefe, y sí sus amigos para escudarle, si preciso fuese, con sus pechos; y los hombres verdaderamente patriotas, cualquiera que fuese el partido á que pèrteneçían, á lamentar el incidente desgraciado, que les arrancaba al que hubiese podido en otras circunstancias labrar la prosperidad de la provincia. No fui yo de aquellos, porque á la sazón me encontraba en la Córte; pero en ella estreché de nuevo en mis brazos á mi amigo, que regresó por Extremadura, vuelto ya á la condicion de particular. Recibióle el nuevo Ministerio con manifiestas espresiones de aprobacion por su conducta, y señaladas muestras de aprecio y de confianza. Prueba de ello fué el nombramiento que en él hicieron de igual destino al que acababa de obtener para Valencia, aunque en comision, y reteniendo el anterior; de cuya

idea hubieron de desistir por las razones que alegó; y si bien no desempeñó empleo ninguno bajo aquel y los siguientes Ministerios, de todos ellos obtuvo encargos y comisiones, que desempeñó sin mas interes que el de servir á su patria. Pero tiempo es ya de referir, aunque sucintamente, el suceso que encadenó para siempre mi suerte á la suya, de manera que desde entonces han sido unas nuestras satisfacciones, unos los pesares para los dos. Harélo con la mayor brevedad que me sea posible; puesto que si es doloroso llevar la tintera á las heridas, cuando brotan sangre, me hago tambien cargo de que en vano buscaría en los demas el interes que estos sucesos tienen para mí. De todas suertes, disimule el lector, si alguna vez me olvido de que no los repasó á mis solas, sino que los refiero para el público.

Acompañaron á Musso á Sevilla sus tres hijos menores, como ya dejamos dicho: la mayor de ellos, doña Ana, prodigio de virtud, de gracias, de hermosura, así como se conciliaba el aprecio y la admiracion de cuantos la veían, no podia menos de escitar con mas viveza aquellos sentimientos en el corazon del amigo de su infancia. Despertaba su vista en él y en mi memoria los mas dulces y melancólicos recuerdos de mi vida; fortalecíalos el apego que á los suyos me unia, esforzábalos el encanto de su belleza, y cuando á tantos y tan poderosos atractivos pudiera resistir mi cariño, sobrarán para conquistarle la dulzura de su condicion, la viveza de su talento, su modestia, su candor...., la pureza y hermosura de su alma. A ella y á sus hermanitos habia recibido mi madre en su casa, como á hijos, cuando hubo de salir oculto de Sevilla su padre, y la ocasion de observarla mas de cerca, acabó de vencer mi indecision. Hícele la confesion de mi ternura, y recibí de ella la tímida esperanza de no haberla ofendido, que despues, consultada la voluntad de su padre, se convirtió en mas segura aprobacion. Con quanto gusto de ambas familias, considérelo quien haya visto los lazos que nos unian. Todo quedó de entonces concertado; y mediante su corta edad (diez y seis años tenia á la sazón), creyóse que convendria á los arreglos de ambas familias prorogar para dentro de cierto tiempo el término de mi felicidad,

Así la ví arrancar de mi lado para transportarla á Lorca, donde debía reunirse con su padre, quedándome por único bien una esperanza tan firme como puede caber en pecho humano, y la seguridad de haber hecho cuanto de mí exigía la razon, para comprar á costa de sacrificios nuestra felicidad. Oh! ¡cuántos sueños de oro llenaban mi imáginacion entón-ces! Porque sueños eran los que en vez de realizarse algun dia, solo habían de vivir en mi memoria para atormentarme como funestos ensueños, ó espantosos delirios. ¡Era cierto, oh Dios mio, que no la habia ya de volver á ver!

A pocos meses vino á Madrid á reunirse con su Padre; floreciente en belleza, en robustez, objeto de envidia, de admiracion y de aplauso. Pero en tanta lozanía atacóle el pecho una enfermedad cruel, que devoró su frescura y su vida. Ignorélo al principio, súpelo despues, cuando los facultativos dijeron que le podía convenir el temperamento mas dulce de Valencia; pero ignoraba siempre el riesgo en que se hallaba. Finalmente, venciendo los obstáculos que brotaban á mis pies, volé á Valencia á verla, á ofrecerle mi fé, á no abandonarla mas.... y encontré un sepulcro, y lágrimas y tormentos, que no saldrán ya nunca de mi corazon.—Tres dias antes de mi llegada había espirado: el mismo en que desembarqué, cubrió sus restos la tierra para siempre. ¡Para siempre! Ay! los que amen, que respeten mi desgracia, y me concedan una lágrima: yo no desvaneceré, ni desahogaré mi dolor publicándole.... soy avaro de él, porque es el único bien, que me queda sobre la tierra.—Mucho tiempo pasó sin que acudiese una lágrima á mis ojos, ni una idea de ternura á mi corazon. Cuando el acento de la amistad y los piadosos esfuerzos de la virtud desgraciada me hicieron volver en mí, una voz poderosa gritaba dentro de mi pecho, que necesitaba desahogar mi pena en el seno del padre de mi amada: éste, por su parte, tambien llamaba á sus brazos á su hijo: porque *Padre é Hijo* fueron desde entonces los nombres que nos dictaba el corazon, y que se hallaban siempre en nuestros lábios. Acompañando, pues, á la hermana de la que me había arrebatado la muerte, y que mas que hermana le había sido madre ternísima, atropellé los riesgos del camino, llegamos á Madrid, nos precipitamos en brazos de nuestro pa-

dre. ¡Cuán distante, buen Dios, me hallaba yo de imaginar los tristes deberes que venia á llenar á su lado! Pero tu Providencia que me habia separado de la hija, que no permitió nunca que cuando en su delirio me llamaba y dirigia la palabra, pudiese contestarle con una mirada de amor, con una palabra de ternura, quiso que apurase gota á gota el cáliz en la enfermedad del padre, que de mí recibiese consuelos, y yo de su virtud, sublime mas que nunca en tan doloroso trance, ejemplos y admiracion!

Pero no precipitemos los sucesos, por mas que la idea de la proximidad de estos acontecimientos, y las sensaciones que en mí producen, ofusquen mi entendimiento, y confundan todas las especies en mi memoria. Cerca de tres años vivió en Madrid, desde que vino de Sevilla, hasta el término de sus dias, sin tomar en los negocios públicos mas parte, que la que debe un buen ciudadano. Por lo demas, tres grandes cuidados absorvían casi toda su atencion: las prácticas religiosas que ejercía sin afectacion ni hipocresía, antes bien con un espíritu de verdadera piedad, la educacion de sus hijos, de quienes fué largo tiempo único maestro, y las tareas literarias. De estas últimas son buenos testigos ya las corporaciones arriba nombradas, ya el Ateneo y el Liceo, de los cuales fué uno de los fundadores, mereciendo ser nombrado bibliotecario del primero; ya casi todos los periódicos de la capital, en los cuales ponía artículos sobre estas materias, que de él obtenian sin dificultad sus amigos. Aun en obras de mayor mérito, hay algunos que no llevan su nombre, y que él cedia con tanta generosidad, como si mas recibiese que dispensase un honor en remitirlos. En la Academia de ciencias naturales, inscrito tambien al principio como honorario, y elevado despues á la clase del número, presentó para la seccion de las físico-matemáticas dos memorias sobre el movimiento de las aguas con aplicacion á los riegos, y con motivo de una observacion hecha en el periódico extranjero *El Instituto*, en que dando cuenta de la 7.^a reunion anual de la asociacion británica celebrada en Liverpool en 11 y 16 de setiembre de 1837, se dice que Sir W. Hamilton espuso la demostracion general de un teorema de Mr. Turner, relativo á una

propiedad curiosa de los números ímpares, que consiste en que si la série de dichos números se divide en grupos de 1, 2, 3, 4 cifras, la suma de los de cada uno sucesivamente vá representando la de los números naturales, escribió tambien una memoria, no ya solo ofreciendo la demostracion de esta curiosa propiedad, sino deduciendo consecuencias tan importantes y trascendentales, que le dijeron diferentes matemáticos que explotase aquella mina, y tal vez diese por resultado una nueva é importantísima teoría en la ciencia. Por último en la seccion de las antropológicas, leyó tambien otro discurso sobre la certidumbre histórica.

Alentábale yo á todos estos trabajos, de suerte que consiguiendo un triunfo sobre su misma modestia, habíale decidido á emprender ya tres grandes obras, cada una de las cuales hubiese inmortalizado su nombre: la primera, un curso completo de religion, escrito bajo un plan tan vasto y tan nuevo, que hubiera ciertamente sido una de las obras, que mejor hubieran servido para la demostracion de la verdad y divinidad de la que tenemos la suerte de profesar: segunda, á instancia de los PP. Escolapios, una Historia de España, escrita filosóficamente, en que no solo se describiesen, sino se juzgasen los acacimientos, y se manifestase las causas que los habian producido, y la influencia que habían tenido en los posteriores, obra de que por desgracia carecemos, y sin la cual podemos decir que nos falta la mejor y mas provechosa parte de nuestra historia, y á que debiera haberse unido, aunque en compendio, la de nuestras artes y literatura: y tercero, la de Doña María la Grande, de que son trabajos preparatorios las apuntaciones y disertaciones á la crónica de D. Fernando IV, de que arriba hemos hecho mencion. Estas empresas se proponia acometer en el retiro de su casa, á la que pensaba trasladarse; pero hubo de suspender el viage por una comision, que le habia encomendado el Gobierno, haciéndole vocal secretario de una junta nombrada para presentarle un informe sobre el Instituto de las Escuelas Pias. Mas á este trabajo, á aquellos planes, á los que formaba el Gobierno sobre la oportuna colocacion de hombre, que tantos y tan eminentes servicios prometia á la Patria; á tantas esperanzas, á tantos consueños para su desventu-

;

rada familia, suspendió el curso su enfermedad, cortó el hilo su prematura é inesperada pérdida. Asaltóle aquella el 3 de julio: de madrugada se sintió acometido de una retencion de orina, que le atormentaba con crueles dolores; fueron á mi alcoba á avisarme, levantéme sobresaltado, y me llené de consternacion al oír sus clamores; mas por la idea de lo que sufría, que porque del ataque imaginase, ni aun remotamente las funestas consecuencias que tuvo. No las receló tampoco el facultativo, al menos en los primeros dias; mas como aunque los dolores calmaron, no recobró la naturaleza sus funciones, al fin hubo de recurrirse á la operacion de la sonda. No fué ciertamente favorable el ensayo; y de aquí empieza ya la historia de la mortal angustia, con que mas bien que vivimos, arrastramos los penosos dias, que duró su cruel enfermedad. Llamado tambien el facultativo D. Juan Francisco Sanchez, la fortuna coronó su destreza; pero hubo de repetírsele otra y otra vez la operacion, que hacia mas difícil la contraccion de sus nervios; y convocados á las juntas profesores de los de mas crédito de la Corte, dos veces le operó con singular acierto D. Bonifacio Gutierrez. Pero era ya tarde: la naturaleza es rendia á tanto padecer: á la retencion de la orina, siguió una incontinenacia: suprimióse esta, presentóse una extravasacion, apuntó la gangrena, voló mas que se estendió en todos aquellos órganos, y en pocas horas apagó la llama de la vida en aquel corazon, que solo latió para la virtud, en aquella cabeza en que cabían y se animaban pensamientos tan altos, tan nobles, tan dignos de la inmortalidad. Mas si tan dolorosa, tan aterradora se muestra la historia de 29 dias de martirio que sufrió su cuerpo, ¡cuán grande, cuán sublime es la narracion de la disposicion de su alma en medio de tantos dolores! Ni un movimiento de impaciencia vino á alterar su serenidad, ni una leve sombra de duda á empañar la tranquilidad admirable, que disfrutaba su conciencia. Pensaba y hablaba de la muerte, como de cosa próxima y segura; pero la esperanza de una vida mas feliz, y ya cercana, le borraba toda idea de terror. Euternecíase, sí, sobre sus hijos: de todos hablaba con admirable prevision, cuando desahogaba los secretos de su alma, ya con su confesor, ya con su muy amado hermano, que

obtuvo en aquellos dias todas sus confianzas, ya conmigo, en quien decia haber recobrado mas de lo que le habia arrebatado la muerte. Yo, á la verdad, solo con lágrimas de ternura y de confusion, podia corresponder á sus espresiones; en vano procuraba contestarle; la voz yacia ahogada por la pena en lo mas hondo del corazon. Antes que la gravedad del mal impusiese á los facultativos el deber de prevenir que hiciese su disposicion espiritual, solicitó él con tanto empeño la administracion de los Santos Sacramentos, que no pareció ni prudente, ni justo dilatarle el consuelo de recibirlos. Verificólo, pues, con tal compuncion, con tal fervor, que á todos promovia á la edificacion y al llanto. Tanto pudo la viveza de su fé que aquella noche experimentó notable alivio; sentíale él, y hablaba con tal confianza al supremo consolador, al dulce huésped que llevaba en su corazon, y á quien llamaba su médico, que ciertamente, si los ruegos de los hombres, si su fé bastasen, por sí solos, á revocar las disposiciones del Altísimo, mi Padre viviese hoy en medio de los hombres. En su disposicion temporal, dejó asimismo á sus hijos y á sus amigos prendas de ternura, altas lecciones de virtud, que ciertamente harán su gloria y su consuelo, y que en vano se esforzarían á desechar de sí, si alguna vez tuvieren la desgracia de separarse de ellas. En esta situacion apareció para nosotros un rayo de esperanza, pronuncióse mas y mas, y algunos facultativos le dieron como fuera de peligro; mas ay! era una luz pasagera que solo servia para iluminarnos todo el horror de nuestra pérdida!

Amaneció en efecto el 31 de julio: ni su hija, ni su hermana, ni yo pudimos verle ya en él; y á las ocho menos cuarto, asistido de su confesor el Presbítero D. Antonio de Mora, de los PP. Escolapios, de muchos y escelentes amigos, en toda la fuerza de su razon, hablando doce minutos antes, para encargar al confesor recomendase á sus hijos la observancia de su santa religion, y el culto á María Santísima, que bajo la advocacion de la Encarnacion se venera en su santuario de Mula; sin esfuerzo, sin dolor, como fatigado de esta vida, plácidamente espiró, con la piadosa esperanza de que revestido de inmortalidad, y en brazos de aquella señora, á quien honró siempre con tanta ternura, re-

nació á otra vida, donde brillan mas claros sus talentos, su virtud, su amor y su compasion para los suyos. ¿Qué importan á los demas las lágrimas de sus hijos, las de sus hermanos, las de sus numerosos amigos, derramadas en el silencio, y cuyo valor y el de los motivos que las arrancan, solo ellos pueden graduar? Murió ya el hombre privado, y desde aquí todo ya en él pertenece á la historia: ella recogerá cuanto va dicho, y sobre todo las circunstancias de su muerte, no trazadas solamente por la pluma apasionada de un hijo, sino presenciadas y comprobadas por el testimonio de cuantos le vieron y asistieron (1), entre los cuales habrá ciertamente personas mas y menos despreocupadas; y que todos á una voz clamaban que aquella era la muerte del justo, y la miraban como un acontecimiento notable en nuestros días, viendo en una época de incredulidad y de duda morir tranquilo en brazos de nuestra religion á un hombre tan distinguido por sus talentos, y por su vasta y universal instruccion. Contemplaban todos con religiosa veneracion aquellos restos ya pálidos é inanimados; pero que descubrían la pureza del alma, que los animaba, en aquella frente serena, que parecia mediar aun las sublimes verdades que la ocuparon en vida. Yo tambien ¡oh Padre mio! burlando la afectuosa solicitud de los buenos amigos que me acompañaban, la volví á ver, la sellé una y otra y otra vez con mudo labio, te contemplé por la

(1) Véase como muestra de esta verdad la magnífica composicion poética, que ha inspirado á mi excelente amigo D. Salvador Bermudez de Castro, y que ha sido publicada en el número 4.º de la Revista de Madrid. En ella, conmovido el jóven poeta con el recuerdo de tan grandioso espectáculo, al celebrarle en sus hermosos versos, apenas tiene ojos para ver, ni corazon para sentir otra casa: por lo mismo no lamenta en ella la pérdida de su amigo; asiste á su triunfo, contéplale como con envidia, y le ruega alcance para él tan dulce tranquilidad.—Bermudez fué de los que recogieron su último suspiro. El Sr. D. Eusebio del Valle, hablando asimismo de nuestro Padre, á quien profesó íntima amistad, entre otras cosas dice, en un recuerdo que ha consagrado á su memoria, estas notables palabras: «Sepa el mundo todo que un sabio naturalista, que conocía á fondo los sistemas mas célebres de filosofía, para explicar la formacion de los seres, era al mismo tiempo un dechado de religiosidad; y que el mas despreocupado entre los hombres no creía que el colmo de la despreocupacion fuese la impiedad y el materialismo. ¡Dichoó tú porque en las escrituras sagradas y en los libros de los Santos Padres aprendiste todos los días á morir!»

última vez.... ¡Tú sabes los sentimientos que entonces llenaron mi corazón! lo que imploré de tí, que no me respondías; pero que sin duda escuchabas mi súplica.... lo que aun imploro al escribir estas líneas!

Pero tiempo es ya de que la gratitud conserve en ellas la memoria de las señaladas muestras de aprecio y distincion que debió, no ya solo á sus amigos, sino al público de Madrid, en los últimos obsequios que se le tributaron.

De la deuda sagrada que contrajo con los primeros, ha cuidado él propio de desempeñarse, disponiendo espresamente en su testamento que se den gracias á los señores D. José María Huet, D. Joaquin Francisco Pacheco, D. Juan Donoso Cortes, D. Francisco Navarro, D. Salvador Bermudez de Castro, D. Fernando Calvo Rubio, D. Luis José Caléro, y muy especialmente á los PP. Escolapios. Acompañaron estos y otros varios á D. Joaquin Fontes, hermano político del difunto, que despues de haber vivido con él en la amistad mas íntima, y asistídole en su enfermedad con cariño verdaderamente fraternal, tuvo que arrostrar por el doloroso encargo de conducir el cadáver á su última morada; y allí, en el cementerio de la puerta de Toledo, despues de recibir el último responso de su maestro el P. Juan Cayetano Losada, Rector del colegio de Escuelas Pías de S. Fernando de Avapies, se depositaron sus restos mortales, no sin lágrimas del venerable anciano, que, segun dijo despues, *con él habia visto sepultarse toda su gloria*. Respetando su gusto hácia las inscripciones sepulcrales en latin, confióse el encargo de formar la suya al P. Ramon Valle del Corazon de Jesus, profesor de retórica en el seminario de Escuelas Pías de S. Antonio Abad; la cual, por la exacta idea que en compendio da del mérito de la persona á quien se dedica ha parecido poner aquí en su original, y traducido al castellano.

HIC JACET
JOSEPHUS MUSSO ET VALIENTE,

ELIOCROCENSIS,

DULCE PATRIÆ DECUS ET AMOR,

SAPIENTIÆ, VIRTUTIS ALUMNUS,

CUI MORES AUREI, MEMORIA TENAX,

MENS DIVINOR ET INDOLES,

FAUSTIS NUTRITA SUB AUSPICIIS

CALASANCTORUM.

DATUS TERRIS COELESTI MUNERE

HONESTAM DUXIT PER OMNIA VITAM.

PRO ARIS ET FOCIS TULIT MULTA,

TENTAVIT PLURA.

LINGUARUM PHILOLOGI, MATHEMATICI,

PHILOSOPHI, THEOLOGI ETIAM,

QUIN OMNIUM PENE DISCIPLINARUM ACADEMICI

DIGNUM COLUERE SODALEM,

SUSPEXERE MAGISTRUM.

MAGNUS MAGNA SCRIPSIT,

MAJORA PARABAT.

PARENTEM ABSTULIT ATRA DIES,

ET FUNERE MERSIT ACERBO MATRITI

PRIDIE KAL. AUG. AN. MDCCCDXXXVIII, ÆTAT. LII,

DOLENT TANTA JACTURA LITTERÆ,

LUGET PATRIA,

ACERBIUS PARENTAT ORBATA PIETAS.

Aquí yace Don José Musso y Valiente, natural de Lorca, amor y dulce ornamento de la pátria, alumno de la sabiduría y de la virtud, dotado de bellas costumbres, tenaz memoria, índole feliz y superior talento, sabiamente cultivado en las escuelas Calasancias. Dado á la tierra por dispensacion celestial, su vida no amancilló nunca la pureza de la virtud. Supo sacrificarse por la religion y la pátria, y nada bastó á su celo. Los filólogos, matemáticos, filósofos, los teólogos tambien, y las academias casi todas se honraron con su nombre, y respetaron la superioridad de sus luces. Dejó bellos escritos su bello

ingenio, y meditaba obras de mas alta importancia; pero desgraciadamente nos le arrebató una muerte prematura, y descendió al sepulcro en Madrid el 31 de julio de 1838, á los 52 años de su edad. Con tan sensible pérdida lloran las letras, se enluta la pátria, gimen en amargo duelo la amistad y amor filial.

Dias despues se le hicieron funerales en su parroquia de S. Sebastian, presidiendo el duelo con el confesor y los parientes, su amigo, el Excmo. Sr. D. Antonio Posada, Arzobispo electo de Valencia, y el P. Jorge Lopez de San Miguel, Inspector general de las Escuelas Pías: ofició en el entierro el señor Cura de Santa Cruz, Don Pedro Sainz de Baranda, amigo y compañero del difunto en la Academia de la Historia. Concurrió multitud de gentes, desde las clases mas elevadas, hasta las mas inferiores del Estado: una era la voz, uno el sentimiento: lamentaban todos tanta pérdida; era notable el religioso silencio y universal recogimiento, como si en guardar menos compostura, hubiesen creído ofender la piedad del que los llevaba á aquel recinto.

Tal es en suma la historia del Señor Don José Musso y Valiente, hombre extraordinario por su talento, por su prodigiosa memoria, por su vasta erudicion, por su esquisito gusto, en quien así cabian las verdades sublimes de la religion, las abstracciones de las ciencias exactas, la severidad de los estudios históricos, como los encantos de las artes, la chispa de la imaginacion mas brillante; de trato afable, que lo mismo atraia la gravedad del anciano, que la inconsiderada petulancia del jóven; que bajo el exterior de una razon fría, de una conversacion que sazonaban los chistes y las bromas, ocultaba un alma de fuego, un corazon profundamente sensible, que muy pocos supieron comprender; llamado por la estension de sus conocimientos, por la fuerza de su talento, á ocupar los mas altos destinos de la nacion, ahogaba por modestia ó por humildad este impulso dentro de sí; varon singular, que no supieron comprender los que entre nosotros han egercido el poder: cuando le preguntaban ¿qué destino queria? «Ninguno: contestaba él, porque nada valgo, ni de nada soy ca-

par:” Cualquiera, hubiera contestado el que le conociese, porque no habia sacrificio para él, cuando se le exigia en nombre de la pátria, y porque á sus talentos sobraba flexibilidad para sobresalir en el que se le hubiese confiado. Sea ejemplo de lo primero, que habiéndosele significado, poco tiempo antes de su fallecimiento, que pensaban ponerle al frente de la instruccion pública en el Consejo que con este título se pensaba crear, se escusó pretestando que *nada sabia, que ningun título tenia para tanto honor*: hecho, que parecerá increíble á quien no le conociese muy á fondo. He aquí el secreto de que hombre tan eminente nunca subiese al poder, ni ocupase puestos capaces de haber descubierto todos sus recursos. En época y en país, en que vale cada cual por lo que suena, y suena á medida de lo que habla, y hace hablar de sí á los demas; cómo habia de hacerse lugar, quien solo trataba de encubrir su mérito, ó desvanecer la idea que de él hubiesen formado sus conciudadanos?

Pero á Musso le ha llegado ya su época como á casi todos los hombres de mérito en su pátria; en el sepulcro se inauguró su triunfo; porque los muertos no inspiran celos ni envidia. ¡Dichoso él que con tan estéril aplauso llevó consigo al sepulcro una vida entera de virtudes, y las lágrimas de los buenos.

Madrid 15 de octubre de 1838.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.